

# Después de la crisis del movimiento obrero: el conflicto social en la era de la globalización

Salvador Aguilar

(Profesor titular de Estructura y Cambio Social en la Universidad de Barcelona. Este trabajo es una versión ligeramente modificada de la ponencia presentada en noviembre de 2008 al Congreso de Ciencia Política Crítica organizado en Bilbao por la UPV.)

Este trabajo parte de una idea: la historia moderna, y sobre todo la de los países del área de influencia europea, transita sobre varios ejes; uno de los más importantes, la pugna entre el ascenso y consolidación de las fuerzas del capitalismo industrial (en sus versiones democrática y no-democrática) y la reacción de las clases populares ante los efectos de esas fuerzas sobre sus formas de vida y sus intereses. El diagnóstico central es que esa reacción durante un siglo y medio al menos tomó la forma casi exclusiva de acciones del movimiento obrero, el gran protagonista del conflicto social en la era del ascenso del capitalismo industrial; pero que hacia mediados de la década de 1960, en 1968, y con claridad durante la última generación (los veinticinco años aproximados de globalización neoliberal) se produce un cambio de escenario: el movimiento obrero de la era clásica<sup>1</sup> se ve abocado a una gran diversificación interna y experimenta una crisis de conjunto resultado de su maladaptación a las nuevas realidades económicas, sociales y culturales. Consecuentemente, pierde parte importante de su protagonismo anterior y, a la vez, ve como surgen a su alrededor formas novedosas del conflicto social y nuevos actores congruentes con éstas. ¿Dónde nos encontramos?

Para tratar de responder a esta pregunta, el análisis que sigue parte de una de las propuestas teóricas, la de A. Oberschall (1978:298), que puede considerarse conocimiento adquirido de la sociología política por lo que se refiere a la conexión entre el cambio social (en nuestro caso, el que deriva de las tres grandes aceleraciones de la postguerra, la más reciente, la de la globalización) y la irrupción de conflictos sociales de nuevo tipo. La idea de Oberschall se puede sintetizar en tres argumentos. Uno, muy en la línea de las contribuciones de Tilly (véase por ejemplo 2007): todas las variantes de acción colectiva, y también la violencia colectiva, salvo raras excepciones, son en lo fundamental formas de perseguir o defender intereses colectivos de manera intencionada y racional. Dos, el impacto del cambio social en la estructura del conflicto no es en lo primordial resultado de tensiones y expresiones de queja por parte de los distintos grupos sociales, algo que forma parte permanente y recurrente del paisaje histórico. Y tres, el cambio social, económico y político tiene una incidencia indirecta sobre las formas que adopta el conflicto en la sociedad por medio de: cambios en el potencial de movilización de las diversas agrupaciones sociales; cambios en el medio social y la ubicación ecológica del conflicto; y cambios en el potencial de control social en manos de las autoridades.

Que el movimiento obrero fue parte decisiva de la reacción aludida de las clases populares y ha dominado, al menos durante siglo y medio, el panorama del conflicto social en esas sociedades es algo que atestiguan científicos sociales y activistas políticos de la izquierda, pero también un sociólogo de talante conservador como Daniel Bell. Lo dice con mucho acierto (1976:194-195):

durante más de cien años, la 'cuestión obrera' dominó a la sociedad occidental. El conflicto entre trabajadores y patronos ... oscurecía todos los demás conflictos y era el eje alrededor del cual giraban las divisiones sociales fundamentales. (...) El hecho crucial es que la 'cuestión laboral' en cuanto tal no es ya central, ni tiene la fuerza sociológica y cultural suficiente para polarizar todas las demás cuestiones en torno a su eje.

Transformaciones recientes en la estructura social de esos países, efectivamente, han colocado

---

<sup>1</sup> La denominación la tomo del conocido artículo de Eric Hobsbawm (1989).

a ese movimiento obrero clásico en una encrucijada que, a fecha de hoy, parece estar resuelta o a punto de hacerlo. El movimiento de los trabajadores, en otros tiempos relativamente homogéneo, en el mundo de hoy no sólo se ha segmentado siguiendo los pasos de la propia fuerza de trabajo y del mercado laboral sino que, adaptándose a los cambios en el sistema mundial de sociedades, se ha convertido en dual: muestra dos perfiles característicos, y muy diversos entre sí, en los países del área de la OCDE y en los del Sur Global.<sup>2</sup> Y en la última generación (pero en realidad, ya desde 1968), la respuesta interactiva de las clases populares a la acelerada dinámica de la globalización neoliberal se ha hecho muy plural y variada: el conflicto social ha dejado de estar protagonizado, casi en exclusiva, por el movimiento de los trabajadores. El objeto de este artículo consiste en repasar estos signos de los nuevos tiempos. Para ello, esbozaré brevemente ante todo cuál es la inserción característica del movimiento de los trabajadores en el nuevo escenario y cómo ha llegado ahí; posteriormente, trataré de mostrar cuáles son las formas emergentes del conflicto social en la era de la globalización.

### **Crisis en el movimiento obrero**

El movimiento obrero de la era clásica entró en crisis profunda en paralelo al ascenso de la globalización neoliberal durante los últimos veinticinco años.<sup>3</sup> En parte por motivos endógenos, de dificultad de adaptación al nuevo entorno –“postfordista”, “postindustrial” y “postmoderno”- en los países del Primer Mundo y de emergencia de movimientos obreros de nuevo tipo y objetivos muy distintos en el Sur Global. Y en parte por motivos exógenos, ante la *nueva economía* diseñada como respuesta a la crisis económica de mediados de la década de 1970 y que, entre otros objetivos básicos, ha buscado (y en buena parte conseguido) sustituir mano de obra por nuevas tecnologías ahorradoras de trabajo, desregular el contrato laboral y maximizar los impulsos al individualismo de la fuerza de trabajo. A estas motivaciones endógenas y exógenas se añade un factor crucial, a la vez endógeno y exógeno al movimiento obrero, que ya se anunció también en 1968: la bancarrota del ideario socialista clásico sancionada definitivamente por los acontecimientos de 1989-1991.<sup>4</sup> La izquierda de hoy, de la que el movimiento obrero, o los movimientos obreros, siguen siendo un puntal insustituible, no dispone todavía de un proyecto socialista renovado y adaptado al mundo del siglo XXI, aunque veamos emerger sus componentes principales, alrededor nuestro, fragmentadamente, vinculados a las nuevas formas que está adoptando el conflicto social y la acción colectiva popular en esta última generación y ahora mismo. El resultado combinado de estos factores principales es una crisis *compleja* del movimiento obrero clásico, como decía al principio. La crisis es compleja porque los elementos constitutivos del movimiento obrero siguen durante estos veinticinco años trayectos no sólo no coincidentes sino en algunos casos contradictorios entre sí; por tanto, el conjunto (el movimiento obrero propiamente) no puede ser evaluado de manera sencilla ni como un todo.<sup>5</sup> Como

---

<sup>2</sup> Véase la hipótesis del *dualismo* en S. Aguilar, A. Oliveres y C. Zeller (2006).

<sup>3</sup> Ya hemos sugerido que la crisis empezó a apuntar mucho antes; en realidad, coincidiendo con la crisis política de 1968 (véase Xavier Vigna, 2007, para el importante caso francés) y, después, con la evolución de los acontecimientos posteriores a la crisis económica que se inicia en 1973-1974 y las reacciones de los actores micro y macroeconómicos implicados en ella.

<sup>4</sup> La conexión entre 1968 y 1989 la hace, con razón, Immanuel Wallerstein (et alii 1999:107): en Polonia, finalmente, “el movimiento no pudo ser contenido y el poder político tuvo que ser entregado a Solidarnosc; 1989 había comenzado. Los veinte años de la ‘Primavera reptante’ del movimiento obrero polaco proporcionan una conexión ininterrumpida entre 1968 y 1989”.

<sup>5</sup> Esta costumbre, arraigada en los usos del período del movimiento obrero clásico, lleva a comentaristas distraídos pero también a la izquierda ortodoxa a conclusiones incorrectas. Personalmente, recuerdo la experiencia de participar, a mediados de los años de 1980, en una mesa redonda con compañeros afectos al PSUC catalán que no dudaban, ya entonces, en hablar públicamente del “fin del movimiento obrero”; y en esa misma dirección se ha expresado hace poco tiempo Julio Anguita (antiguo coordinador de IU y ex secretario general del PCE) diciendo que

veremos, otras muchas cosas, además del movimiento obrero, han entrado en crisis en estos veinticinco años como resultado del característico empuje de la dinámica del capitalismo que, como sabemos, presiona para que “todo lo sólido se desvanezca en el aire”.<sup>6</sup>

La dinámica histórica está compuesta de fenómenos de muy diversa índole, algunos relativamente acotados y simples, otros de naturaleza compleja: compuestos por elementos constitutivos variados, bien diferenciados entre sí, con intrincados vínculos con las estructuras que operan y dominan en una época histórica. Los fenómenos complejos se han de examinar históricamente, por muchas razones; la principal, por lo que se refiere al tema de este artículo, es que las transformaciones sociales tienden a hacer variar también diferencialmente los elementos constitutivos de los fenómenos afectados, como ha explicado satisfactoriamente Suzanne Berger (Piore y Berger, 1980). Este es el caso del movimiento obrero. Su advenimiento tangible y organizado en Europa se produce en la segunda mitad del siglo XIX, pasa por numerosas y variadas vicisitudes posteriores (entre ellas, su extensión a una mayoría de sociedades mundiales), hasta hoy, y sus elementos constitutivos se transforman de manera heterogénea durante ese trayecto. En tanto que fenómeno cambiante, todo análisis del movimiento obrero tiene que examinarlo históricamente y como una estructura compleja, no como si fuera una totalidad compacta de orden moral, político y asociativo. Visto desde esta perspectiva, ¿en qué se concreta esta complejidad?

En los albores del capitalismo industrial, la convicción profunda de muchos de los activistas de los movimientos que rodearon la aparición de la clase trabajadora industrial, y también la de no pocos observadores externos, era la de un futuro de polarización extrema y de crecimiento permanente de la clase: la coincidencia de una reducida élite de capitalistas inmensamente ricos y una masa arrolladora de productores desposeídos y con unos estándares de vida míseros; *proletariado* fue una denominación ajustada a esas premisas. *Movimiento obrero* ha sido y es una manera de denominar uno de los aspectos centrales de la lucha de la clase asalariada dentro del capitalismo por mejorar sus condiciones de vida y presentar alternativas al sistema de mercado. Se trata claramente de un movimiento social, “general” lo denomina uno de los analistas académicos de los movimientos más celebrados,<sup>8</sup> que amalgama las tendencias hacia la acción colectiva con un grado importante de espontaneidad y poca formalización dentro de las clases trabajadoras y los movimientos políticos socialista, comunista y anarquista. Como movimiento social, el movimiento obrero genera ante todo estructuras informales y redes de apoyo para dar continuidad a la defensa de los intereses colectivos de sus miembros; Hobsbawm ha descrito muy bien este aspecto de la cuestión refiriéndose a los trabajadores británicos de la era clásica (1984:191):

Tres cosas caracterizaron la conciencia de clase de los trabajadores británicos: un profundo sentido de extrañamiento de la fuerza de trabajo manual; un código moral, no formulado pero poderoso, basado en la solidaridad, la rectitud, la cooperación y la ayuda mutua; y la disposición a luchar en pos de un trato justo.

Pero como todos los movimientos, el que nos ocupa tiende también a generar organizaciones de movimiento social, es decir, organizaciones formales (dotadas de estatutos, membresía

---

el movimiento obrero español “no existe, de lo decaído que está”, que los sindicatos están “dentro del aparato del Estado” y que la única “actividad” de los partidos de izquierda es “la electoral” (*El País*, 14.11.2005).

<sup>6</sup> Como es sabido, la exitosa, y certera, imagen de lo sólido desvaneciéndose en el aire corresponde a un pasaje del *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels (1848) –que nos hurtaron las versiones castellanas– que, a su vez, hacen suya la expresión de Shakespeare en *La Tempestad*, acto 4. La metáfora fue popularizada por el agudo Marshall Berman (1988).

<sup>7</sup> En lo que sigue, adapto algunos argumentos de Salvador Aguilar et alii (2005a, 2005b y 2006).

<sup>8</sup> Véase Herbert Blumer, “Social movements”, capítulo 1 de Barry McLaughlin (ed.) (1969), p.8.

formal y acreditada, cuotas de sostén, voz pública e interlocución reconocidas) principalmente de dos tipos: los sindicatos y los partidos enraizados en la clase trabajadora.<sup>9</sup>

Lo dicho implica que disponemos de varios términos que, relacionados con la clase de los trabajadores asalariados, se encuentran en un área de proximidad pero no designan idéntico objeto; y que en su conjunto, nos informan de esa complejidad interna del fenómeno social *movimiento obrero*, al designar a sus componentes constitutivos. Una cosa es la clase en su conjunto, la *clase trabajadora* o clases trabajadoras; otra, su sector históricamente más dependiente del trabajo industrial, desposeído y en una posición estructural típica de subordinación severa y precario nivel de vida: el *proletariado*; una tercera, el *movimiento obrero*, que designa la disposición permanente a la acción y la constitución de instituciones informales para el apoyo mutuo y la acción conjunta dentro de la clase o el sector proletarizado de ésta; y una cuarta, como parte del movimiento obrero en tanto que movimiento social, las organizaciones formales de que se dota éste: los *sindicatos* y los *partidos de base obrera*. Cuando hablamos de movimiento obrero estamos en realidad hablando de tres nociones y objetos que son, además, históricamente móviles: el movimiento social de los trabajadores y trabajadoras, los sindicatos de clase y los partidos de base obrera; y tenemos en el trasfondo las otras dos nociones relacionadas: el conjunto de la clase y el sector de la fuerza de trabajo proletarizada, una condición que Charles Tilly (2000:49) ha cuantificado así para el caso europeo<sup>10</sup>:

La proletarización europea, 1500-1990  
Millones de personas, incluidas las personas dependientes (estimación)

	1500	1800	1900	1990
Población total	56	150	285	800
No proletarios	39	50	85	200
Proletarios urbanos	1	10	75	450
Proletarios rurales	16	90	125	150

Contemporáneamente, ¿está en crisis o ha desaparecido este conjunto, el movimiento obrero en sí? A mi entender, la respuesta es que está inmerso en una crisis compleja pero no ha desaparecido. Los impresionantes números sobre el proletariado aportados por Tilly deben hoy matizarse. La condición proletaria es muy escasamente visible en las economías de la OCDE, pero la denominación sigue siendo

<sup>9</sup> La noción de organización de movimiento social (OMS) se usa en la teoría social y la introducen en la sociología de los movimientos Zald y McCarthy; véase Mayer N. Zald y John D. McCarthy (1987:20-21). La definen de este modo: “Una OMS es una organización compleja, o formal, que identifica sus objetivos con las preferencias de un movimiento social, o de un contramovimiento, y trata de llevar a la práctica esos objetivos”.

<sup>10</sup> Para comprender la complejidad que esconden tanto los datos como los conceptos es útil reproducir la descripción que hace Tilly (2000:48-49) de su despliegue histórico: “Pese a la imagen decimonónica de los “proletarios” como mugrientos obreros de las fábricas, hasta bien entrado el siglo XIX la proletarización europea se produjo fundamentalmente en el campo y en las pequeñas ciudades, donde entre los señores, comerciantes, campesinos y artesanos comenzó a aumentar el número de trabajadores agrícolas sin tierra, tejedores u otros obreros a tiempo parcial [...] las conclusiones generales son claras: con anterioridad a 1800, rápido crecimiento de los proletarios rurales; en el siglo XIX, gran desarrollo del proletariado urbano; desde 1900 se estabiliza prácticamente el número de proletarios rurales y el proletariado urbano aumenta mucho más deprisa que la población”.

probablemente la indicada para englobar a esa enorme masa de trabajadores “desechables”<sup>11</sup> que se detecta en el nivel global. También se puede argumentar que la *clase trabajadora* se ha hecho mucho más compleja y “segmentada”, ubicándose en consecuencia en sectores notoriamente diversos de la estructura de clases. Por otro lado, y en comparación con el movimiento obrero de la era clásica, hay datos sólidos para pensar que sus otros componentes constitutivos a los que hemos aludido han pasado por transformaciones muy serias. En primer lugar, los *partidos de base obrera* exclusiva. Estos sí que han desaparecido: la complejidad de la propia clase, aludida; su adopción mayoritaria de pautas de consumo y estilos de vida históricamente característicos de las clases medias (como el acceso a vivienda de propiedad, coche, vacaciones y ocio); la creciente presión en el sistema político para desplazar los formatos partidarios hacia la figura del *catch-all party* de Hirschheimer, todo ello ha contribuido a que, en las sociedades de la OCDE, incluso aquellos partidos que conservan unas siglas y quizá un discurso obrerista (como el PSOE español o el Labor Party británico) hayan dejado de existir a efectos prácticos como fuerzas que contribuyen a definir, aglutinan y defienden los intereses de la clase obrera: se han convertido en “partidos de tercera vía”.<sup>12</sup> Por lo que respecta a los *sindicatos*, presentan una enorme variedad de categorías internas, sufren importantes contradicciones (en el primer mundo se los puede considerar, y así son tratados socialmente de manera mayoritaria, como instituciones de orden) y tienen cada vez más problemas para representar al conjunto de la fuerza de trabajo.

El movimiento obrero ha cambiado, pues. Sus componentes constitutivos se han adaptado de maneras muy diversas, y a veces contradictorias, a los cambios de escenario provocados por la dinámica del capitalismo postindustrial, flexible y globalizado. Pero el conjunto no se ha extinguido, ni mucho menos. El dato básico sigue siendo su componente constitutivo restante, el *movimiento social de los trabajadores*: la idea de que mientras exista el capitalismo industrial la disposición de la fuerza de trabajo a la acción colectiva para defender conjuntamente sus intereses está garantizada sigue siendo válida, de toda evidencia; como también lo es que, aquí y allí, surjan tendencias a diseñar visiones alternativas al orden existente, “utópicas”, tal vez minoritarias y evanescentes, a veces instrumentales (para atemorizar al contrincante), pero siempre presentes. Aunque en este punto no es difícil reconocer, en el primer mundo pero probablemente no sólo allí, que la era “postindustrial”, en la medida que ha diluido relativamente la centralidad exclusiva de la clase, ha producido un deslizamiento gradual, a nuestro entender de efectos globalmente positivos para el conjunto de la clase trabajadora, desde el énfasis en la clase al énfasis en la ciudadanía. Las clases trabajadoras son ahora más diversas, en términos nacionales y globales, y actúan en un medio que excluye la densidad de clase propiciada anteriormente por la concentración, en fábricas y talleres y en núcleos residenciales.

La conclusión debe ser que el movimiento obrero de la era de la globalización desde luego sigue existiendo y su actividad es muy viva en una diversidad de situaciones nacionales. Pero esto no es óbice para constatar que está inmerso en una crisis compleja. Ante todo, como he señalado, de orden interno, de composición: los sectores son ya múltiples y no son de una pieza, y con frecuencia representan intereses no coincidentes. También de ideario: la aludida ausencia de un proyecto socialista renovado y adaptado a los tiempos tiene como primera consecuencia que esos sectores diversos no tienen la coincidencia estratégica asegurada, con lo cual se unen para proyectos locales (lo que también tiene sus ventajas) o, en caso de ser más amplios, de orden muy genérico; la ausencia de proyecto político común tiene además, como es sabido, una peligrosa consecuencia electoral en forma de voto a la derecha conservadora o, incluso, la extrema derecha. Finalmente, como no podía ser de otra forma, la crisis es también de organización y de representación, aspecto en el que destacan sobre todo las insuficiencias del movimiento sindical y de lo que resta de los partidos de origen obrero. Los partidos ya no están, y los

---

<sup>11</sup> Véanse los convincentes datos y argumentos de Harry y Fred Magdoff (2005).

<sup>12</sup> Consúltese el agudo trabajo de Ingo Schmidt (2006) sobre el caso alemán reciente, por no hablar del registro de más de diez años de gobiernos laboristas en el Reino Unido bajo la égida del dúo Tony Blair-Anthony Giddens.

sindicatos se han escindido claramente en una situación dual: los del Norte y los del Sur. En el primer caso sus organizaciones tienden a representar ante todo a la fuerza de trabajo “instalada” que mantiene las mejores condiciones relativas de trabajo y de vida, o al menos no representan predominantemente a los sectores más precarios y necesitados de la clase; tienen dificultades para actuar autónomamente y despegados de unos poderes públicos que con frecuencia buscan cooptarlos institucionalmente (y de ahí el perfil de “instituciones de orden” que ofrecen con alguna frecuencia los sindicatos, como es el caso español y catalán); y son a la vez los principales perjudicados y parte de los factores causales que explican la sustanciosa pérdida por parte de la fuerza de trabajo de esa característica (una auténtica “estructura de movilización”) a la que hemos aludido y que en la era clásica solía denominarse “conciencia de clase”.<sup>13</sup> Las tareas prioritarias que se fijan para sí mismos son igualmente diferenciadoras respecto de las propias del otro grupo: oscilan entre la adaptación pura y simple al sistema de mercado y las presiones reivindicativas por recuperar las instituciones y prácticas del Estado del bienestar (o al menos para impedir su hundimiento), con frecuencia con fuertes impulsos neocorporativistas. En los países del Sur, las actividades características del movimiento sindical tienen que ver sobre todo con la mera supervivencia; con la pugna por reinventar los movimientos y sobre todo sus organizaciones; y con diseños políticos más amplios que buscan implantar o fortalecer un sistema democrático o que tienen por horizonte explorar nuevas prácticas políticas y de reorganización de sus sociedades. Dos mundos y pocos nexos.

Para lo que nos ocupará en la sección final, a saber: la respuesta de las clases populares a la sociedad del trabajo que emerge de la crisis capitalista de mediados de los 70' y hasta hoy, con especial énfasis en las de los últimos veinticinco años, las precisiones descritas sobre el movimiento obrero nos permiten evaluar la diferente integración de sus componentes en las luchas sociales recientes protagonizadas por actores emergentes que representan los intereses de las clases populares y trabajadoras. Por un lado, el movimiento obrero considerado como movimiento social enlaza y en muchos casos forma parte integral de esas luchas (recordemos a título de ejemplo la composición de los grupos que aparecieron por primera vez en Seattle en 1999). Claramente, si la izquierda emergente no se equivoca en este importante punto reconocerá que una cosa son los “viejos” sindicatos y otra muy diferente los nuevos sindicatos emergentes y los sindicalistas y las sindicalistas de a pie y, más ampliamente, el movimiento laboral en sí. En segundo lugar, en consecuencia, los sindicatos primermundistas resultan ser un aliado con condiciones de los movimientos sociales de izquierdas y post-1994, mientras que, en general, sus homólogos del Sur global acostumbran a formar parte, allí donde no representan la cara laboral de un régimen, de las nuevas coaliciones. Finalmente, tercero, los partidos políticos, socialdemócratas y comunistas o “postcomunistas”, juegan en otro tablero (con contadas excepciones, como La Izquierda): lo suyo consiste en tratar de representar el bloque de intereses más amplio y ganar elecciones, lo que no es poco, según se mire, pero no son fuerzas de las que puedan depender las clases trabajadoras para objetivos más ambiciosos. En conclusión, el movimiento obrero mundial está inmerso en una crisis y las fuerzas populares harán bien en escudriñar cuidadosamente cuál de sus elementos constitutivos favorece y forma parte, o puede hacerlo, de una coalición de movimientos políticos que nos aproximen al postmercado.

Para cerrar este epígrafe es preciso hacer una referencia a la teoría. En efecto, lo que sabemos sobre el papel del movimiento obrero de la era clásica y su ubicación en el escenario del conflicto social, según la síntesis breve que se acaba de hacer, hace pensar inequívocamente en que ocupaba un lugar importantísimo en el conjunto de crisis y conflictos de la era. La sociología política teórica ha abordado de diversas maneras la cuestión para una mejor comprensión del problema. Y dentro del conjunto de elaboraciones realizadas destaca a mi entender la teoría

---

<sup>13</sup> Dice Hobsbawm (1989:71-72) con razón: “Lo que encontramos hoy no es que ya no hay ningún tipo de clase obrera sino que la conciencia de clase ha dejado de tener ese poder de unir [que tenía]. (...) El cordón umbilical que conectaba en su día al movimiento obrero y la revolución social con la ideología socialista ha sido cortado”.

propuesta por Stein Rokkan y Seymour M. Lipset en 1967. Esta teoría, que es más propiamente un modelo, no sustituye al análisis histórico regional y local sobre los conflictos sociales de la época. Pero proporciona una guía teórica, que se ha mostrado muy eficaz a lo largo de los años, en forma de modelo sencillo de identificación de las principales divisorias confrontacionales (*cleavages*, o clivajes) propias de la primera modernización, la que conduce a las sociedades de influencia europea a lo que contemporáneamente denominamos sociedades de la OCDE, países del centro o sociedades de capitalismo del bienestar. Expuesto en términos de la teoría de Lipset-Rokkan, la doble idea de este primer epígrafe es que el conflicto social inherente a esa época histórica puede visualizarse, agruparse coherentemente y comprenderse mejor por medio de los cuatro clivajes clásicos que ellos identificaron: centro-periferia, Estado-Iglesia, campo-ciudad; y trabajadores-patronos; y que esta última oposición, o “clivaje de clase”, es la decisiva y la que coloca al movimiento obrero en el centro del escenario.<sup>14</sup>

El propósito del siguiente epígrafe consiste en identificar cómo se ha producido, después de la crisis y pérdida relativa de liderazgo del movimiento obrero, la respuesta popular a esa interacción compleja y conflictiva a la que hemos aludido al principio, con las fuerzas del capitalismo industrial. Durante cuarenta años, estas últimas han llevado a su paroxismo la tradicional dinámica capitalista de no respetar ninguna regla de juego fuera de las propias de la acumulación de capital. Dos ciclos económicos, políticos y culturales del capitalismo marcan la pauta, a saber: los Años Dorados (entre la postguerra y mediados de la década de 1970) y el ascenso del capitalismo flexible y globalizado a continuación (desde mediados de los setenta hasta hoy, aunque el inicio de la llamada “globalización” hacia 1980 se puede considerar un subciclo interno); por supuesto, puede conjeturarse que la crisis económica que ahora mismo se está desencadenando y lo que parece la bancarrota de la época neoliberal marcarán probablemente el inicio de un nuevo ciclo. Examinaremos a continuación los dos ciclos que conocemos, sucesivamente, desde la perspectiva de la acción colectiva desatada alrededor de su respectivo núcleo.

## **Acción colectiva popular durante los Años Dorados**

El período postbélico, 1945/1973-74, da lugar en el área de la OCDE al crecimiento económico sostenido más marcado de la historia, transformándose con ello por completo y de manera asombrosa la naturaleza del intercambio económico y del conflicto social (véanse algunos de los estudios clásicos al respecto: Shonfield, 1965; Armstrong et alii, 1991; Marglin & Schor, 2000), algo que Hobsbawm (1989:70;1995:cap. 10) focalizó en lo esencial con perspicacia:

[E]n los treinta años que siguen a la segunda Guerra Mundial, el mundo se transformó globalmente, fundamentalmente, radicalmente y a tal velocidad sin precedentes que todos los análisis previos, incluso cuando mantenían en principio un nivel muy correcto, sencillamente tuvieron que ser modificados y actualizados...Se podría decir que, tomando el mundo como un todo, la Edad Media finalizó entre 1950 y 1970. Iría incluso más lejos al afirmar que, por lo que se refiere a Europa, esos veinte años presenciaron el fin de la Era Moderna también. Limitémonos a considerar lo que ocurrió con el campesinado durante esas dos décadas, no sólo en la Europa central y occidental sino también en gran parte del Tercer Mundo. Esta *aceleración única del desarrollo histórico*, por sí sola, habría exigido una revisión fundamental de las interpretaciones previas. (Cursivas añadidas.)

Esta “aceleración única del desarrollo histórico” explica el extraordinario giro experimentado por el conflicto laboral, y también más ampliamente, el conflicto social, como consecuencia del

---

<sup>14</sup> Como sea que este modelo de Lipset-Rokkan es considerado por un grupo de estudiosos, entre los que me cuento, como un marco sencillo pero eficaz para el análisis de aspectos importantes del conflicto social; y como sea también que lo utilizaré para integrar el conjunto de fenómenos de conflicto que presento y comento en este artículo, expongo sucintamente en la ponencia anexa su contenido básico, los principales añadidos por parte de teóricos e investigadores recientes y la aplicación que propongo a casos empíricos de nuestro entorno.

nuevo modo de producir y vivir, “fordista”, de economía mixta, con potentes sectores empresariales públicos, nacimiento y rápida consolidación de Estados del bienestar, pleno empleo y un eficiente mercado regulado estrechamente desde los poderes públicos.<sup>15</sup> Uno de los resultados es el tremendo potencial de los trabajadores y sus organizaciones, su presencia pública, su incrementada capacidad de negociación (cuyo primera consecuencia fue el crecimiento salarial sostenido). Otro resultado es que la noción de ciudadanía cobra cuerpo material por primera vez en la historia y sus efectos sobre el contenido de las poliarquías ya asentadas son inmediatos: los nuevos modos culturales y políticos y el creciente poder de negociación de las clases trabajadoras son el factor causal principal del impulso decisivo a la democratización de las sociedades de la OCDE. Creo que una de las consecuencias esenciales de “1968” incide en este importante enclave de las nuevas sociedades del “capitalismo del bienestar”, al dar el toque de gracia o imponer el punto de aceleración que faltaba al impulso democratizador del período, con lo que se trastoca la estructura heredada del conflicto social.<sup>16</sup> Las sociedades de la OCDE que emergen del 68 son permisivas y tolerantes; tienen desde luego sus cotos cerrados donde la ciudadanía no tiene voz (las cuestiones, muy importantes, de la “seguridad” y del modelo económico); pero esa ciudadanía disfruta de unos niveles educativos y de prosperidad sin parangón y ha adquirido una autoconciencia o una fuerza moral de la que emergen nuevos valores que convierten en algo crecientemente difícil, para los Estados, “desdemocratizar” internamente -en términos de la cultura política y la práctica ciudadana- las poliarquías del período. La consecuencia principal de “1968” es la democratización “definitiva” de las sociedades de influencia europea.<sup>17</sup> Por otro lado, sin embargo, esos mismos factores destacados conllevan prácticas institucionales que tendrán efectos ambivalentes desde la perspectiva de los intereses de las clases populares. Una muy importante, las prácticas neocorporativas que aglutinan al Estado y las confederaciones de cúpula de empresarios y trabajadores para diseñar las políticas económicas al margen del Parlamento (el “corporativismo liberal” de P. Schmitter, 1979). A pesar de que esta práctica del período era una forma de mediar institucionalmente en lo que era, en realidad, un agudo conflicto de clases, éste tuvo la contrapartida de un elevado consenso social acerca de la nueva sociedad de capitalismo del bienestar. Esas sociedades estaban divididas pero también cohesionadas. Dahrendorf lo denomina con acierto el “consenso socialdemocrático”, indicando así quién llevaba realmente la iniciativa política de los Años Dorados.<sup>18</sup>

Este fenómeno mixto y contradictorio dio la razón a teóricos sociales de relevancia que habían pronosticado que, en ciertas condiciones socioestructurales, y en estados de equilibrio de las estructuras, la cohesión social quedaba asegurada por lo que parecía su contrario, el conflicto (Coser, Merton, Glucksman). El meollo básico de este período lo resumen bien Philip Armstrong y sus colegas (1991:136):

Los asombrosos logros económicos de los años dorados llevaron a numerosos observadores a concluir que el capitalismo había experimentado una transformación cualitativa, que los malos viejos tiempos de depresiones y antagonismos de clases habían quedado atrás para siempre. La expresión más importante de este punto de vista fue el surgimiento en numerosos países de un consenso político muy amplio que abarcaba tanto a los partidos de

---

<sup>15</sup> Para los detalles de la estructura social característica de este período, y del siguiente, de capitalismo flexible y globalizado, en una versión divulgativa, véase S. Aguilar (1998).

<sup>16</sup> Hasta Dahrendorf (1990:144), muy crítico del 68 europeo, lo reconoce: “los cambios que acontecieron después de 1968 han alterado el escenario y el sujeto principal del conflicto social moderno”.

<sup>17</sup> Con “definitiva” pretendo subrayar que, a pesar de todo, seguían siendo democracias limitadas, estructuralmente, por el hecho de combinar una amplia liberalización política con sociedades divididas en clases (como señaló acertadamente C.B. Macpherson, 1992).

<sup>18</sup> Dice Dahrendorf (1990:144): “Todos los gobiernos tendieron a ser sociademócratas durante un determinado período, cualesquiera que fueran sus creencias. Todos suscribieron el consenso de la clase mayoritaria sobre el papel benefactor del gobierno, la economía mixta y el Estado social. Los acontecimientos de 1968 simbolizan el triunfo de la socialdemocracia”.

izquierda como a los de derecha y que suscribieron los sindicatos y las asociaciones patronales. Su característica central fue la aceptación de la denominada economía mixta... Hablando en términos generales, los trabajadores obtuvieron ciertos derechos y ventajas económicas. Los derechos más importantes fueron los de sindicación así como ciertas formas de representación; las ventajas más importantes, la adecuada creación de puestos de trabajo, crecimientos salariales regulares y los servicios estatales de bienestar. A cambio, los trabajadores no cuestionaron la propiedad o control capitalista.

Pero la nueva situación, descrita, creó las bases para lo que contemporáneamente la teoría social denomina una *estructura de oportunidad política* (Tarrow, 2002) favorable a la acción colectiva desde abajo. Y las consecuencias no se hicieron esperar:

1. Primero, el momento o punto de inflexión entre el movimiento obrero de la era clásica y los nuevos tiempos de repliegue. Ese momento se puede ubicar simbólicamente en “1968”: de 10 a 20 años (de mediados de los años 1950 a mediados de 1970) según la sociedad que consideremos. Durante el período, la estructura de oportunidades permite que los movimientos laborales y los sindicatos estén claramente al alza; pero los inicios de episodios inflacionarios, la embrionaria percepción entre la clase de los efectos paradójicos o contradictorios de los pactos tripartitos (que otorgan voz política y visibilidad a los actores laborales, pero que alejan a las cúpulas sindicales de la base del movimiento, cuando no la antagonizan con ella, además de encapsular “el problema social” en los temas productivistas), y los cambios vertiginosos inducidos en la estructura de clases del período ponen los cimientos de un cambio de rumbo.

El 68 francés simboliza inmejorablemente cuál va a ser la tendencia de futuro. Estalla “el movimiento social”, como se dice popularmente en Francia, bajo el impulso de la revuelta estudiantil; la clase trabajadora, poco a poco, se une a la protesta y paraliza las fábricas; emerge un potente movimiento ciudadano que opta por las grandes manifestaciones que se confunden con una huelga general de una extensión sin precedentes; pero finalmente, en los Acuerdos de Grenelle, los representantes corporativos de la clase se avienen a firmar un pacto de tintes estrictamente materiales: un “compromiso fordista”<sup>19</sup>. Lo que pudo haber sido el inicio de una forma novedosa de transformación revolucionaria concluye con un macro-pacto social y unas elecciones políticas ganadas por la derecha.

Eric Hobsbawm (1975:241) fue de los primeros que captó certeramente este aspecto crucial del 68 francés al proponer que el movimiento de mayo-junio había sido fundamentalmente “subpolítico o anti-político”. André Gorz (1968:233) proponía ya, encima de los acontecimientos, un argumento similar al hablar sobre “la revolución abortada de mayo-junio de 1968” en Francia:<sup>20</sup>

Este maximalismo objetivo del movimiento confería a la huelga un sentido inmediatamente insurreccional, aunque contenía ya el germen de su fracaso. En efecto, la huelga general insurreccional tiene más que ver con la revuelta primitiva que con la acción revolucionaria *cuando no está* completado por una ofensiva política que tienda a dar el golpe de gracia a un adversario ya debilitado y a generar órganos de coordinación y de poder obrero, con un programa y unas perspectivas políticas *preparados con anterioridad*. Falto de esta preparación, el radicalismo del rechazo global inmediato es sólo la otra cara de la indeterminación de los objetivos, de la ausencia de estrategia. Por el hecho mismo de que permanezca en gran parte “instintivo”, es decir, espontáneo y carente de reflexividad, el movimiento pasa fácilmente de la reivindicación revolucionaria maximalista a la reivindicación salarial de tipo puramente “tradeunionista”.

Este aspecto de la coyuntura crítica de “1968” lo he tratado en otro lugar (Aguilar, 2008) y no es el objeto central del presente comentario. Sin embargo, debo añadir que, reinterpretado retrospectivamente, con todo lo que sabemos hoy, el Mayo francés se presenta crecientemente

---

<sup>19</sup> En el sentido de crecimientos sustanciales del poder de compra, con contrapartidas de productividad, “pero sin modificar en nada la organización del trabajo”, según el relato de Vigna (2007:83), que remite a R. Boyer.

<sup>20</sup> Para argumentos en sentido contrario, más cínicos y basados en la teoría de la circulación de las élites de Pareto y Mosca, véase Dahrendorf (1990) y Oberschall (1997b).

como un nuevo tipo de revolución que anticipa el futuro. A mi entender, de la misma manera que Richard Sakwa (2004), refiriéndose a las “revoluciones de terciopelo” que precipitaron la caída de los regímenes estalinistas en 1989-1991, ha podido hablar de “revoluciones anti-revolucionarias”, los argumentos de Hobsbawm-Gorz, los numerosos estudios de calidad con que contamos hoy sobre los hechos y el propio despliegue de las potencialidades de “1968” en las diversas sociedades hacen pensar que el episodio francés fue un preludio de lo que iban a ser o serán las revoluciones en países de capitalismo avanzado y democrático. En esas condiciones, en efecto, ni el Estado puede sencillamente aplastar militarmente a los movilizados en la calle ni la cultura política mayoritaria, que se fraguó precisamente en 1968, permite ya concebir una toma violenta y militarizada del poder estatal por parte de los sublevados contra el sistema; esta combinación coincide con la aparición de movimientos ciudadanos auto-organizados en gran medida y que se dotan de voz política directa por medio de la manifestación conjunta (una clara anticipación de episodios posteriores, como por ejemplo febrero de 2003 y las protestas contra la guerra de Irak). Por otro lado, si, como aconsejaba Marx, reinterpretemos el pasado a la luz del presente y no a la inversa, podemos decir que uno de los componentes habituales en la protesta social reciente (como el episodio de 2003) estaba ya presente en el 68 francés sin que los observadores del momento, aun los agudos Hobsbawm y Gorz, pudieran captar su potencial. Me refiero a esas formas de expresión protestataria de la época contemporánea en el área de la OCDE que pasan por el formato de los movimientos ciudadanos auto-organizados que actúan mayoritariamente al margen de la estructura institucional y que exhiben una fuerte conciencia de ambos factores entre los movilizados (como, por citar otros dos casos posteriores, en diciembre de 1988 en España o finales de 1995 en Francia).

En síntesis: durante los Años Dorados empieza a fraguarse la crisis contemporánea del movimiento obrero clásico. “1968” representó a la vez su auge imponente y el inicio de su declive hasta situarse en un lugar importante, pero no exclusivo, del conflicto social en el mundo del postindustrialismo. Se fraguó también, culturalmente, un nuevo formato de revolución popular que conseguía eludir simultáneamente a las “fuerzas del orden”, entendidas como represión militar de las insubordinaciones antisistémicas a cargo del Estado, y la tradición insurreccional de la fuerzas de la “vieja” izquierda.<sup>21</sup> En su base, finalmente, Mayo del 68 puede entenderse como el primer ensayo de estas revoluciones de nuevo tipo fundadas en la sociedad civil y, en consecuencia, escenario de la aparición embrionaria de movimientos ciudadanos con fuerte auto-organización y vocación de actores políticos legítimos pero ajenos a la institucionalidad oficial. Dicho en términos del modelo de Lipset-Rokkan, el clivaje de clase estaba en ese entorno temporal haciendo un hueco –creciente– para el clivaje postindustrial o postmaterialista. Tomado en su conjunto, pues, “1968” es una era que puso en circulación una contestación sin precedentes contra el modelo de capitalismo industrial moderno, el compromiso de clases que permitió edificar el Estado del bienestar y dar contenido a la noción de *ciudadanía* y, lo más temible quizá desde la óptica del sistema capitalista, una clase trabajadora con un nivel de organización, capacidad de influencia política y arraigo popular sin precedentes<sup>22</sup>. El conjunto

---

<sup>21</sup> Para las relaciones, y diferencias, entre los movimientos populares y los movimientos obreros, véase Vigna (2007:218-219). El adjetivo “antisistémico” se usa en el sentido que le dan I. Wallerstein y colaboradores (1999).

<sup>22</sup> Véase el artículo de G. Therborn, 1984. Se puede argumentar que todavía más temible para el *establishment* occidental era la variable apuntada hace un momento: la contestación desde abajo por parte de ciudadanos y ciudadanas no encuadrados en organizaciones (o cuya protesta no se debía principalmente a ese hecho, sino a una actitud adquirida). A este respecto vale la pena recordar la deliciosa transparencia de un antiguo y temido alto jefe de la diplomacia y de la “inteligencia” estadounidenses, el general Vernon Walters, entrevistado por Arcadi Espada: “P.: Estuvo en París en mayo [de 1968]. R.: Sí, sí, con los motines. P.: ¿Qué pensaba su Gobierno? R.: Estaban muy preocupados porque no se trataba de una revolución comunista. P.: Ya. R.: Normal: les

equivale a un cambio de paradigma cultural-político que pone dramáticamente en cuestión el modelo occidental de desarrollo y las propias bases del “capitalismo del bienestar”; algo que, si consideramos que, durante esos aproximadamente diez-veinte años, se manifestó en numerosas sociedades alrededor de problemas locales pero manteniendo un nexo común (en París, en Estados Unidos, en Alemania, pero también en Praga, en México, en España, en Polonia, en Italia y en ciertos enclaves asiáticos, como Japón) permite a I. Wallerstein (1999, 2004) hablar de un período de “revolución mundial”. Podemos concluir con G.-R. Horn (2007:2) que “1968” fue fundamentalmente

un esfuerzo por construir un orden social diferente y más igualitario, un mundo donde el paternalismo empresarial y universitario dejara paso al control obrero, al poder estudiantil y a una auto-gestión generalizada en todos los aspectos de la vida. Lo que los actuales apologistas del statu quo, pasado y presente, malinterpretan como un ataque frontal a la cohesión comunitaria resulta ser un esfuerzo transnacional, no sólo por imaginar, sino también por construir los contornos de una comunidad.

2. La segunda gran aportación de “1968” es la impresionante renovación de formatos y repertorios de la acción colectiva popular que se produce. Este impulso se manifiesta, por un lado, en la eclosión de los llamados nuevos movimientos sociales (NMS) y, por otro, en el tránsito entre la “vieja” izquierda y la “nueva” izquierda emergente. Ambas innovaciones constituyen aspectos complementarios del ascenso de una nueva divisoria de conflicto, el clivaje postindustrial de Lipset. Se complementan con otras dos formas de conflicto social: de un lado, una oleada de violencia organizada, en su variante “conspirativa”<sup>23</sup>, por parte de pequeños grupúsculos terroristas que tendrán especial impacto en Alemania e Italia; de otra, ciertas formas de violencia institucional que prefiguran estallidos de acción colectiva popular, posteriores y de gran envergadura, por parte de grupos de inmigrantes marginados en los suburbios de las metrópolis.

En la estela del “espíritu del ‘68” (Horn, 2007), el impulso de cambio radical y democracia participativa sobrevivieron –y se ensancharon- en los movimientos ecologistas y, después, partidos verdes, en los movimientos feministas, en los pacifistas contrarios a la carrera armamentista y la amenaza nuclear, los de liberación sexual, los de protección del consumidor, el movimiento por los derechos civiles de la población afroamericana en Estados Unidos y otros muchos formados alrededor de culturas minoritarias marginadas (como por ejemplo el nacionalismo negro norteamericano). El primer significado de estos “nuevos” movimientos<sup>24</sup> es el ingreso de nuevos actores políticos en el escenario de las poliarquías, unos actores, además, que en lo fundamental practican formas no institucionales de acción; su impacto va a ser tan determinante que modifican los contornos establecidos de las respectivas sociedades civiles y establecen el formato por excelencia de protesta social de las décadas siguientes y hasta la actualidad. En el mundo de hoy, los movimientos son formas socialmente aceptadas de ejercer voz política y, por aplicar aquí el título del clásico de J.C. Scott (1985), el arma por excelencia de los débiles (los grupos carentes de voz y con pocos recursos organizativos).

La naturaleza distintiva de los NMS ha sido objeto de debate debido a que la teoría social, con gran rapidez, definió un *tipo* para ellos. Según este perfil más o menos estereotipado, lo que tienen en común los componentes del variopinto conjunto mencionado es: 1) su carácter de

---

preocupaba no saber quién movía todo aquello. O que lo movieran los anarquistas. O que se moviera solo.” (*El País*, 25.08.2000, p. 12).

<sup>23</sup> Conspiración: “Lucha altamente organizada y con participación popular limitada que abarca los asesinatos políticos organizados, el terrorismo de pequeña escala, la guerra de guerrillas de pequeña escala, los golpes de Estado, los motines y complots antigubernamentales” (Ted R. Gurr, 1969:574).

<sup>24</sup> Un concepto impreciso que ha sido relativizado en términos comparados y por lo que respecta a su “novedad” por Calhoun (2002).

actores políticos deliberadamente extrainstitucionales; 2) su énfasis en unir la reivindicación política con un estilo de vida propio; y 3) la centralidad de los objetivos de carácter ético y “postmaterial”, a costa de la pérdida de importancia de los objetivos estrechamente económicos. Esta síntesis creaba una dicotomía precisa entre “lo laboral” (el “viejo” movimiento obrero) y “lo identitario” (los NMS). La novedad de los NMS radicaba sobre todo en sus tácticas características, los temas alrededor de los que organizaban la protesta y la base social y su manera característica de relacionarse con el conjunto del movimiento (creando microsociedades basadas en estilos de vida y formas de interacción basadas en la democracia). La separación dicotómica en relación con el movimiento obrero, basado en la clase, era completa. Este perfil, como todo tipo ideal, se ajusta bastante a la realidad, permite subrayar la extraordinaria transformación de la política de la era movimentista pero es hasta cierto punto equívoco, como recuerda Calhoun (2002:194), por la idea que transmite de dos mundos completamente ajenos entre sí (el mismo movimiento obrero de los inicios compartía algunas de las características “novedosas” apuntadas) y separados además por un corte limpio. La realidad de los movimientos modernos es mucho más mixta y entremezclada.

Me parece imprescindible añadir a los anteriores, dos puntos estratégicos que, fraguados dentro del cambio de paradigma cultural-político de “1968”, se materializan en forma de característica distintiva central de los NMS y que explican por encima de otras consideraciones la división entre la Vieja y la Nueva Izquierda. Estas características son la politización de la vida cotidiana y la “autoejemplificación”, un *dictum* organizativo no escrito de los NMS que Calhoun (2002:220) define así: “las formas y los estilos organizacionales de la práctica movimentista deben ejemplificar los valores que el movimiento trata de promulgar”. Esta fue, y es, la novedad radical de la política de los NMS y de la Nueva Izquierda que hacía difícil o imposible la cooperación no instrumental con el movimiento obrero organizado y la Vieja Izquierda. El tránsito entre ésta y la Nueva Izquierda tiene muchas mediaciones, la principal de las cuales, como siempre, son las experiencias de movilización realmente producidas; adicionalmente, sostengo en otra parte (Aguilar, 2005a) que fue también decisivo el papel que jugaron tres pequeñas revistas neomarxistas de gran calidad, y que todavía se publican, por orden de aparición: la francesa *Les Temps Modernes* (1945), la norteamericana *Monthly Review* (1949) y la británica *New Left Review* (1960).

Señalemos finalmente que, como explicó en su momento Claus Offe (1992:217), confluyen ya en ese momento histórico un proyecto neoconservador y otro movimentista (que prefiguran la confrontación reciente entre el neoliberalismo y los “novísimos” movimientos). De un lado, las iniciativas para legitimar la necesidad de un Estado menos “sobrecargado” procedente, entre otros, del estudio sobre la supuesta “crisis de la democracia”, un Informe de Crozier, Huntington y Watanuki (1975) nada menos que para la Comisión Trilateral<sup>25</sup>; este lado de la ecuación trata

---

<sup>25</sup> Se pueden leer allí algunas pasmosas conclusiones; por ejemplo esta, relevante para nuestro objeto aquí: “Esta feliz concurrencia de circunstancias para la democracia [se refieren a los Años Dorados] ha llegado a su fin. Los desafíos que los gobiernos democráticos enfrentan son producto de estos éxitos pasados a la vez que de los cambios de las tendencias anteriores. La incorporación de segmentos sustanciales de la población a las clases medias ha hecho que sus expectativas y aspiraciones se incrementen, causando por ello una reacción tanto más intensa cuando aquéllas no son satisfechas en la realidad. La participación política ampliada ha incrementado las demandas dirigidas al gobierno. El bienestar material de amplia difusión ha provocado que una porción sustancial de la población, particularmente entre los jóvenes y las clases profesionales e ‘intelectuales’, adoptara nuevos estilos de vida y nuevos valores sociopolíticos”. Sin embargo, “los proponentes activos de una visión diferente del orden político se limitan, por completo, a pequeñas bandas de estudiantes e intelectuales radicales cuya capacidad para llamar la atención, por medio de la propaganda y el terrorismo, está fuertemente sobrepasada por su incapacidad para atraer el apoyo de cualquiera de los grupos sociales significativos” (pp. 158-159). Se hace patente en este pasaje hasta qué punto los cambios de “1968” afectaron los sentimientos de las clases privilegiadas.

de restaurar los fundamentos no políticos de la sociedad civil, como la propiedad, el mercado, la ética del trabajo... Del otro lado, los NMS, que tratan de politizar las instituciones de la sociedad civil y, de este modo, reconstituirla como territorio independiente, aunque su éxito es finalmente desigual.<sup>26</sup>

3. “1968” dio lugar también a una oleada de grupos terroristas presentes en Europa durante décadas. Este tipo de actividad, que forma parte del conflicto social existente en una determinada sociedad afectada, no acostumbra a ser parte de la acción colectiva popular que tratamos aquí. Es parte del fenómeno conflictual que denominamos *violencia organizada*, compuesta, a su vez, de dos categorías analíticas: la “conspiración” y la “guerra interna”.<sup>27</sup>

4. Finalmente, ya durante “1968” se pusieron los cimientos de una divisoria social que estructuró desde entonces el conflicto sobre la base de la adscripción étnica y la pertenencia a grupos migratorios procedentes de las colonias o excolonias, algo que ha resurgido con mucha fuerza recientemente con los levantamientos en las *banlieues* de las grandes ciudades francesas en 2005. Debemos recordar aquí, como episodio emblemático, la fecha del 17 de octubre de 1961, cuando unos 30.000 argelinos procedentes de las barriadas periféricas se manifestaron pacíficamente por las calles de París convocados por el FLN. De ellos, entre doscientos y trescientos fueron masacrados hasta la muerte por la policía parisina dirigida por un antiguo colaborador de Vichy.<sup>28</sup>

## **El conflicto social en la era del capitalismo desorganizado y la globalización**

La coyuntura histórica de mediados de 1970 constituye una fascinante confirmación de algunas de las percepciones teóricas de la sociología histórica moderna. Tenemos ahí, en las economías y sociedades de la OCDE procedentes de los Años Dorados, una confirmación tangible del acierto de la concepción según la cual las estructuras sociales determinan situaciones y problemas (en el caso que nos ocupa, la crisis económica y social que experimentan bruscamente esas sociedades y que se extiende por todo el mundo a continuación), pero no las respuestas a ellas. Éstas no están estructuralmente determinadas y, en términos generales, son el producto interactivo de las relaciones e intercambios entre la ciudadanía, las instituciones, los actores organizados y los acontecimientos que se van sucediendo. El caso que nos ocupa es una prueba palpable de esa interactividad; la interacción señalada se inicia ya con las anomalías que se presentan en los escenarios socioeconómicos durante los últimos tiempos de los Años Dorados, que fundamentalmente habían seguido una estrategia “inclusivista” de integración de actores y conflictos en el “consenso socialdemocrático” al que nos hemos referido. Las principales anomalías tomaron la forma de tensiones inflacionistas, el *wage-push* de la clase trabajadora industrial, la aparición de nuevas reivindicaciones obreras y las oleadas de conflicto industrial del período 1968-1971, novedades que posteriormente se completarán con fenómenos paradójicos como la *estanflación* y, ya en los '80, el crecimiento sin empleo.

---

<sup>26</sup> Para un buen balance del declive de los NMS en el caso norteamericano, véase Oberschall 1997b.

<sup>27</sup> Para una propuesta conceptual sobre cómo tratar los fenómenos englobados dentro del conflicto social, véase S. Aguilar 2000:174-209. Los dos conceptos citados se deben a Ted R. Gurr (1969) y son, a mi entender, perfectamente clarificadores y operacionales. “Conspiración” se ha definido en la nota 23 anterior. Gurr define “guerra interna” como sigue: “Lucha altamente organizada y de amplia participación popular que va acompañada por una extensa violencia y que abarca el terrorismo y las guerras de guerrillas de gran escala, las guerras civiles, las guerras ‘privadas’ entre grupos étnicos, políticos y religiosos y las revueltas de gran envergadura”.

<sup>28</sup> Véase por ejemplo la información de *La Vanguardia*, 9.11.2005, p. 8.

Lo que sigue a las anomalías y el estallido de la crisis es un conjunto de respuestas, macro y microeconómicas, impulsadas desde arriba por el poder ejecutivo de Gran Bretaña y Estados Unidos con Margaret Thatcher (que gana las elecciones británicas en 1979, 1983 y 1987) y Ronald Reagan (elegido presidente de Estados Unidos en su primer mandato en noviembre de 1980), en forma de apertura de las economías al mercado internacional, la desregulación y el lema del “Estado mínimo”; y desde abajo, por las iniciativas microeconómicas del empresariado (tecnologías ahorradoras de mano de obra, nuevos métodos de organización del trabajo – postayloristas y postfordistas- y los mercados internos de trabajo) y los resultados de su interacción conflictiva con la fuerza de trabajo industrial y sus organizaciones. Sin concertarse por completo entre sí, las estrategias de los actores dominantes y el resultado de esa interacción hacen emerger poco a poco un nuevo modelo de capitalismo postindustrial basado finalmente en una estrategia “exclusivista” que presiona para interrumpir los acuerdos tripartitos, segmentar el mercado de trabajo (el *dualismo* sobre el que llamaron la atención M. Piore y S. Berger, 1980), disciplinar a la fuerza de trabajo, presionar los salarios a la baja y dar a luz ese fenómeno tan característico de la era contemporánea que ha explicado con maestría Richard Sennett (2000): la precariedad laboral y el capitalismo “flexible”. En términos de forma de sociedad resultante, este capitalismo “desorganizado”, en expresión que Offe (1985) acuña por oposición al clásico de R. Hilferding de 1910, que a finales de siglo ha cobrado ya plena forma, permite decir a un observador que “hoy en día, todas las naciones experimentan la embestida de la globalización económica, el declive industrial y la terciarización” (G. Esping-Andersen, en H. Kitschelt y otros, 1999:295).

Pero la metamorfosis procedente de este ciclo, palpablemente interactiva en su materialización regional y local, es también muy ideológica y concertada desde su cima y, en enclaves muy particulares, desde los movimientos de base. El período contempla la aparición de nuevas fuerzas políticas y nuevas ideologías dentro de la tradición del extremismo de derechas. Y con ella, de diseños de políticas públicas, pero también privadas, determinados como nunca a garantizar y hacer avanzar los intereses de las clases altas coincidiendo con, y en parte importante motivadas por, el objetivo de neutralizar el auge y avances de las izquierdas y de una ciudadanía que ha conquistado amplios márgenes de democracia y libertad durante el ciclo de los Años Dorados y “1968” (Therborn, 1984). El acceso al poder ejecutivo de Reagan y Thatcher, alentados por el aroma cultural reaccionario difundido por el Papa polaco, tienen en sus fundamentos a algunos movimientos religiosos fundamentalistas, en Estados Unidos y en algunos países europeos, que acaban trasladando a la sociedad global un sistema de ideas y valores claramente en respuesta de “1968”; y lo hacen exhibiendo una conciencia de clase que prepara la eclosión de las derechas radicales recientes. La derecha de la última generación tiene muy claro que, para continuar siendo los grandes beneficiarios del sistema social, además de *dominar* o ser preponderantes en el terreno productivo, tienen que *dirigir* la sociedad: dominar los resortes de la formación de valores y actitudes en la base de la sociedad, no sólo por medio de los tradicionales mecanismos inerciales de aquella, sino también mediante tupidas redes de activismo, asociaciones, foros, plataformas ciudadanas, propiedad de medio de comunicación e instituciones educativas... El nuevo extremismo de derechas procedente de los años de Reagan-Thatcher, y que culminará con la presidencia norteamericana de Bush hijo en 2000, aunque es una coalición compleja de grupos muy variados, difunde por el mundo de manera relativamente coherente y por medio de la globalización neoliberal la teoría y la práctica neoconservadora de su base religiosa. Como explica muy bien Peter Gowan (2003), la era de la globalización neoliberal ha creado “un mundo caótico” y conflictivo donde los estados del núcleo están incapacitados para “cambiar la dirección de las políticas mundiales hacia una orientación más pacífica y socialmente integradora” (p. 77), precisamente porque sus élites dirigentes se han librado sin remilgos a una cruzada para descomponer los avances y recursos acumulados por las fuerzas de izquierda durante los Años Dorados.

Estas nuevas realidades tardaron mucho en ser valoradas adecuadamente por las fuerzas de la izquierda institucional. Así, por recordar un caso llamativo de ceguera política, el movimiento obrero organizado del Primer Mundo ha continuado esgrimiendo a nivel global como estrategia fundamental la defensa a ultranza del Estado del bienestar y los acuerdos tripartitos con el Estado y los patronos sin apercibirse de que el interlocutor estatal y patronal, con frecuencia ya fundidos en uno, no necesita de más concesiones y pactos de clase y se encuentra en plena ofensiva (véase la acerada crítica al sindicalismo mayoritario que realiza en este punto el sindicalista noruego A. Wahl, 2005). Pero la acumulación de derrotas y retrocesos de las clases populares durante los años de la globalización neoliberal estaba preparando un importante cambio de tendencia en la izquierda *viva* mundial (la que dispone de capacidad de innovación), a saber, la aparición, coincidiendo con el cambio de milenio, de un conjunto variopinto de movimientos sociales y políticos que comparten no obstante la determinación de librarse del capitalismo y, vagamente, tratan de encontrar un nuevo proyecto político emancipatorio.<sup>29</sup> Consideraremos a continuación los principales episodios de esta oleada del conflicto social reciente.

Antes, sin embargo, es necesario subrayar que la convergencia en el tiempo de los embates de la nueva izquierda y de la derecha neoconservadora pone de relieve el sustrato básico del conflicto social reciente y actual. En efecto, la aceleración histórica que ha inyectado la globalización neoliberal a la historia reciente ha tenido en ese campo, el del conflicto, una consecuencia central en forma de *polarización* de posiciones. La dinámica desbocada que han adoptado los procesos sociales y el cambio de rumbo en las formas de vida, muchas veces imprevisible y errático, a imagen y semejanza de las transacciones financieras globales (su metáfora), ha trastocado con rapidez la estructura previa de ganadores y perdedores. A las divisorias heredadas del capitalismo postindustrial se han añadido las luchas sociales protagonizadas tanto por numerosos sectores populares afectados directamente por el cambio de rumbo, como por los nuevos extremismos de derechas.

### **La oleada de los “novísimos” movimientos sociales y políticos**

El cambio de tendencia aludido fue en parte reactivo ante los años de neoliberalismo desatado que acabamos de describir sintéticamente. Para desgracia de la humanidad, la historia reciente es la historia sobre todo de la globalización neoliberal del capitalismo que esos acontecimientos proyectaron con potencia inusitada sobre la dinámica de la sociedad mundial en respuesta como se ha sugerido, a su vez, según todos los indicios, a la celebrada “época dorada” del capitalismo. La aplicación de esa macropresión durante los aproximadamente veinte-veinticinco últimos años, permitía pronosticar algún tipo de respuesta opositora desde los medios donde se iba haciendo una bolsa cada vez más desproporcionada de pobreza e indignación popular.

La oleada de movilizaciones que replantea completamente el meollo del conflicto social reciente no es fácil de caracterizar. En mi opinión, el conflicto antisistémico moderno que encabezó

---

<sup>29</sup> Punto de vista sobre el que ha venido insistiendo, con razón, Vicenç Navarro (2007). Con el decisivo añadido de que este cambio de tendencia está sirviendo para devolver a la agenda política de las clases populares la cuestión de qué pueda significar hoy, y qué va a significar en el siglo XXI, la palabra *socialismo*. Leo Panitch (2005a:164) describe con eficacia el punto de vista mayoritario sobre este punto, entre la izquierda, alrededor del cambio de siglo: “... para fines del siglo pasado, ¿qué se podía decir que quedaba del proyecto socialista? Para muchas personas, en la década de 1990, la respuesta parecía evidente, a la vista del ignominioso colapso de los regímenes comunistas del Este y de la pérdida absoluta de cualquier objetivo radical por parte de los partidos socialdemócratas de Occidente. Preguntar entonces sobre cuál podía ser el significado del propio concepto de cambio socialista en cuanto a sus objetivos, sus fuerzas sociales o sus agentes, por no hablar de métodos o de posibilidades inmediatas o a largo plazo, provocaba, cuando no el más completo desdén, al menos incertidumbre y confusión, dudas y pesimismo”.

durante mucho tiempo el movimiento obrero clásico mantiene una notable continuidad hasta el presente, con altibajos, pero se expresa en oleadas y acontecimientos que se tienen que diseccionar por separado. Se tienen que distinguir al menos cuatro ciclos u oleadas: A) las revoluciones triunfantes del ciclo comunista-estalinista (1917, 1949, 1959, probablemente las principales); B) las revoluciones emancipatorias abortadas (en Chile, pero también en Hungría, entre otras); C) las grandes transiciones, o épocas de grandes transformaciones socioestructurales pero carentes de revoluciones análogas a las del tipo A: “1968”<sup>30</sup> y “1989”. La cuarta oleada es la que nos disponemos a analizar ahora y sus episodios prominentes se podrían caracterizar a mi entender como “revueltas antisistémicas postcomunistas”: las que, desde 1968, pero con claridad después de 1989, han concentrado el grueso del conflicto social así como de las expectativas de advenimiento de revoluciones y órdenes sociales de nuevo tipo al ser intentos inequívocos, aunque fragmentarios, de transformación social hacia un nuevo orden igualitario y democrático; sin embargo, se apartan ya, claramente, del imaginario propio de las experiencias del tipo A. Esta cuarta oleada contiene elementos muy dispares y uno de sus componentes más característicos, los movimientos sociales que emergen entre 1994 y la actualidad, presentan obvias similitudes, pero también diferencias, respecto de los NMS de los Años Dorados, “nuevos” movimientos que, de otra parte, han mantenido en general el paso desde entonces y continúan desplegando sus actividades distintivas. Desde esta perspectiva, y con una intención puramente descriptiva, denominaremos los de la oleada que consideramos ahora “novísimos” movimientos sociales.

En enero de 1994, en el mismo momento en que hace su entrada en escena el movimiento zapatista, se publicaba una pequeña rememoración de la historia de la revista neomarxista *Monthly Review*, a la que he hecho alusión como uno de los soportes culturales que contribuyó al tránsito de la Vieja a la Nueva izquierda. Uno de sus factótums, el economista político Paul Sweezy, ya anciano (84 años) pero todavía vigoroso en su expresión<sup>31</sup>, auguraba allí el futuro poco después de los impactantes efectos del derrumbe del estalinismo en 1989:

Si tratamos de desentrañar el futuro, lo que vemos es lo que parece una bifurcación en el camino. En una dirección, más de lo mismo; en la otra, el renacimiento de la oposición revolucionaria al dominio del capital. (...)

Sería estúpido subestimar la severidad de la derrota sufrida por la oposición, pero todavía más concluir que está muerta. Lo cierto es que está viva, aunque no coleando, y el hecho de que todavía subsistan las condiciones que, para empezar, la hicieron nacer (sólo que todavía más acrecentadas) es una garantía de que se las arreglará para reaparecer coincidiendo con las nuevas generaciones de explotados y oprimidos que ocupan el lugar de los que desaparecen o se retiran.

Esta renovación tomará tiempo. Las formas institucionales de la vieja oposición -organizaciones de masas, partidos políticos, estados soberanos- desaparecerán en su mayor parte para dejar su lugar a nuevas instituciones. Lo mismo ocurrirá con las ideas y las ideologías (...).

Todo ello tomará su tiempo y, tal vez por fortuna, no podemos predecir la manera en que ocurrirá ni, todavía menos, los efectos que contribuirá a generar. No hay otra cosa que podamos hacer que todo lo posible para explicar lo que ha ocurrido hasta aquí y ayudar a las generaciones venideras a comprender los cambios que se hacen necesarios para que sobreviva la especie humana en un futuro digno.

Alrededor de 1994, y en coincidencia con las palabras premonitorias de Sweezy, una nueva generación de “explotados y oprimidos” entra en escena, en el Tercer Mundo y en el Primero. La aparición de nuevos actores y repertorios de acción en la historia social se expresa universalmente en actos emblemáticos de protesta y reivindicación. Algunos episodios que protagoniza esa nueva generación, y que se recogen aquí, indican con cierta claridad los principales contornos de una nueva vía para la izquierda mundial y los movimientos antisistémicos. La era del neoliberalismo provocó muchos desastres; pero tuvo también una

---

<sup>30</sup> Aunque específicamente el Mayo francés se podría asimilar en algunos de sus aspectos principales al tipo B; recuérdese el juicio de A. Gorz citado.

<sup>31</sup> *MR*, número de enero de 1994. Véase también Paul Sweezy (1995:21).

virtud –no querida-, a saber, sirvió de movilizador de las clases populares en muchos lugares. Los acontecimientos de 1994, en el Sur (México), y 1995, en el Norte (Francia), fueron el punto de inflexión y el inicio de un nuevo ciclo en el que todavía estamos. Lo revisaremos con brevedad a continuación bajo dos rubros: los episodios emblemáticos de protesta y las nuevas categorías de acción colectiva.

(1) Episodios emblemáticos de protesta después de la crisis del movimiento obrero:

(1.1) Chiapas, 1 de enero de 1994.

En los primeros días de enero de 1994 estalla la “rebelión campesina” en Chiapas (con una población de alrededor de 800.000 indígenas), constatándose de inmediato que no estábamos en presencia de un movimiento guerrillero al uso: la estructura militar no impone la lógica dominante de la acción, el liderazgo es relativamente difuso y con una nutrida representación de indígenas, los sublevados funcionan con esquemas organizativos horizontales y al parecer democráticos, se recurre para comunicarse al uso de los medios de comunicación de masas y se pretende vincular insistentemente el movimiento con la sociedad civil mexicana. La rebelión de Chiapas fue el catalizador de la resistencia y protesta de la clase trabajadora mexicana contra la vuelta de tuerca que significaron las políticas neoliberales en ese país (y en muchos otros). Y ha exhibido desde entonces una capacidad de movilizar redes de apoyo al zapatismo en numerosos puntos del globo. Parece razonable concluir que el episodio zapatista, que ha puesto en apuros en diversas ocasiones al Gobierno y al Ejército mexicanos, aunque no ha generado directamente ahí ningún desafío revolucionario, ha influido enormemente en la democratización paulatina del rígido, autoritario y corrupto sistema político del país;<sup>32</sup> y ha conseguido también, por un saludable efecto de contagio, que prendieran en la sociedad civil nuevos proyectos y esperanzas. Finalmente, el movimiento ha tenido un impacto mundial porque ha señalado un nuevo camino por el que, al subrayar el papel de la sociedad civil auto-organizada y la presión por democratizar la sociedad en su conjunto, converge con los movimientos emergentes en el ámbito de los países metropolitanos.

(1.2) Francia, diciembre de 1995.

La inesperada e intimidante “revuelta social”, como la llamaron los periódicos de la época, de los ciudadanos autoorganizados del invierno francés de 1995 contra las pretensiones del *establishment* –francés y global- de descalabrar el Estado del bienestar fue una manera de enseñar los dientes, también en el opulento Occidente, después de la eclosión del zapatismo en la selva Lacandona, contra los ya largos años de presión de la derecha neoliberal. Pero fue también “la primera revuelta contra la globalización”, como vio perceptivamente en *Le Monde* Erik Izraelewicz<sup>33</sup>:

Por primera vez en un país rico se asiste hoy, en realidad, a una huelga contra la mundialización, a una reacción masiva y colectiva contra la globalización financiera y sus consecuencias... El actual movimiento social es una reacción frente a esa mundialización... Si los usuarios de los servicios públicos y los asalariados de sectores *expuestos* expresan aún cierta simpatía hacia los huelguistas es que sienten que al defender sus intereses particulares los manifestantes participan en la defensa de un modelo social amenazado.

En realidad, y visto retrospectivamente, el movimiento ciudadano francés fue eso pero además, y sobre todo, un cuestionamiento de conjunto de lo que se nos venía encima: el capitalismo global, desatado y libre de constreñimientos, demolidor en su destrucción del mundo institucional de la sociedad civil y las clases populares, a las que, lo estamos comprobando

---

<sup>32</sup> Una situación de *impasse* prácticamente permanente durante buena parte del siglo XX que, refiriéndose al sistema político mexicano, ha sido caracterizado concisamente por Levi y Bruhn (1995) como “gobierno civil sostenido pero sin democracia”.

<sup>33</sup> Véase Erik Izraelewicz, “La primera revuelta contra la mundialización”, en *El País* 8.12.1995, p. 4.

ahora con la apertura de la crisis de Wall Street y lo que este hecho anuncia, llevaba a la catástrofe. Ya en ese momento, el episodio presentaba indicios de algo parecido al Mayo del 68 francés (así lo titularon algunos medios) en lo que tuvo de estallido al menos parcialmente revolucionario. Pero también mostró otra semejanza con el 68 que subrayaba, para ambos casos, la característica incapacidad ciudadana para concluir la reivindicación y el estallido en forma de drástica reorganización institucional (la advertencia de Gorz en 1968); esto es lo que captaron con su habitual buen ojo Alain Touraine (1996:13) y Daniel Singer (2005:51). Este último explica que los manifestantes franceses

no presentaban un proyecto alternativo, la visión de una sociedad diferente. No obstante, eso no disminuye la importancia histórica de sus acciones de protesta. Después de veinte años, poco más o menos, de dominio ideológico, el mero rechazo, la resistencia, eran fundamentales. Mientras, explícita o implícitamente, se aceptara la idea de que no existía alternativa alguna, la búsqueda de una alternativa resultaba impensable. Ahora, por lo menos, puede dar comienzo la búsqueda de una sociedad radicalmente diferente.

### (1.3) El movimiento de los Sin Tierra brasileño.

Los movimientos de los zapatistas en México y de los *sin tierra* en Brasil mantienen nexos comunes y a la vez ciertas características que los diferencian de las formas tradicionales de la protesta popular en Latinoamérica (como los movimientos armados y guerrilleros ortodoxos) y son sin duda un activo para la innovación de la izquierda mundial por su énfasis en la sociedad civil y la democracia, y en la capacidad y autonomía de la ciudadanía. El MST exhibió también un a veces desconcertante apego a los símbolos religiosos. Sin embargo, podemos recordar aquí que la pauta de conducta, marcadamente milenarista, que Eric Hobsbawm (1964:375) explicó tan bien para el Reino Unido pre-industrial, puede ayudar a entender la simbología religiosa del MST y de ciertas sociedades contemporáneas del Sur:

Una tradición religiosa...puede llegar a ser muy radical. Es cierto que determinadas formas religiosas sirven para adormecer el dolor causado por tensiones sociales intolerables y proporcionan una alternativa a la revuelta.(...) Sin embargo, en la medida que la religión constituye el lenguaje y el marco donde se desarrolla toda acción general en las sociedades subdesarrolladas –y también, en gran medida, entre la gente corriente de la Gran Bretaña preindustrial-, las ideologías de la revuelta serán también religiosas.

El milenarismo religioso, como en otros lugares y momentos de la historia, sirve para vehicular la protesta popular en un contexto que hace difícil o imposible la “modernización” de la protesta.

### (1.4) Seattle, diciembre de 1999.

El movimiento antiglobalización, que sin duda sería más conveniente denominar *altermundista*, sorprendió a propios y a extraños. Pero no es difícil percibir que ha “enganchado” perfectamente con la nueva generación de activistas y, en paralelo, está creando una nueva forma de internacionalismo aparentemente viable que se expresa, entre otras cosas, en los Foros Sociales. Por un lado, el impactante episodio de Seattle ha tenido continuidad en un ciclo que pasa, entre otras, por Génova, Barcelona, Praga, Gotenburg y otras grandes ciudades del Primer Mundo. Las acciones han tenido el acierto de saber captar la atención de los medios globales y, más importante, visualizar en algunas instituciones aparentemente “normales” (como el FMI, el BC, la OMC pero también Davos, el G-8 y otros foros privilegiados), objeto de “ataque”, en parte ritual y teatral, los agujeros negros del sistema. Pedagógicamente, impecable. Sus residuos de violencia política desataron un debate público polémico pero también fundamentalmente teatral. Leo Panitch (2005b), con mucho acierto, pone las cosas en su sitio al ilustrar a los lectores, utilizando un viejo texto de Mark Twain, sobre las diferencias entre la violencia reactiva (el “terror menor”, o “instantáneo” de un 11-S) y la violencia organizada y desde arriba (ese “reino del terror” que, dice Twain, “ha durado mil años” y equivale a “una muerte que lleva toda una vida,

causada por el hambre, el frío, el insulto, la crueldad y por un corazón destrozado”, algo relativamente familiar hoy entre las clases bajas de no pocas sociedades del mundo).

Las novedades aportadas por el movimiento contra la globalización neoliberal son variadas. Se trata, en primer lugar, de un movimiento social y político radical que elude explícitamente los esquemas conocidos de oposición radical en forma de terrorismo y lucha armada. En segundo lugar, se trata de un tipo novedoso de protesta política caracterizado, a diferencia de la estrategia clásica de la desobediencia civil, por la “diversidad de tácticas”, la acción directa, la descentralización y autonomía organizativa de los grupos participantes y la práctica, en su seno, de esquemas democráticos de definición de consensos *ad hoc* que parecen evocar la democracia participativa que pregonan los movimientos latinoamericanos emergentes que hemos mencionado. Todo lo cual se puede interpretar como un anuncio o avance de “las nuevas instituciones” de la izquierda venidera a los que aludía Sweezy en 1994 y hemos citado más arriba. La tercera novedad es la ausencia en la subcultura del movimiento de un programa institucional de futuro; pero esta es también, en opinión de Panitch (*ibid.*), su máxima debilidad, con lo que converge con el análisis de Singer sobre las manifestaciones francesas de 1995 (y antes con el de Gorz sobre 1968): estos movimientos se pueden instalar en una protesta permanente que no genere instituciones políticas de nuevo cuño que permitan a su vez convertir aquélla en los cimientos como mínimo de un poder dual. A pesar de ello, el movimiento antiglobalización ha puesto a la defensiva, al menos en la escena pública, a las grandes organizaciones económicas supranacionales y ha dejado claro que estamos ante una nueva forma de desafío al capitalismo. En cuarto lugar, las tácticas; la insistencia del movimiento en la autoorganización, la toma de decisiones democrática desde abajo y la coalición de grupos que suman fuerzas sobre una base *ad hoc* y actúan a modo de “enjambre de mosquitos”, que aparece y desaparece como por arte de ensalmo, resaltan una nueva ironía de la historia: parte de las ideas y de los ideales del anarquismo clásico, aparentemente borrado del mapa, resurgen en esta nueva forma de radicalismo político. Finalmente, cinco: el movimiento altermundista es un “movimiento de movimientos”; y en esa capacidad, ha sabido formar coaliciones muy amplias de activistas en las que, en línea con lo observado anteriormente, se han integrado sectores del movimiento obrero clásico: fundamentalmente, trabajadores y trabajadoras en su condición de parte de la fuerza de trabajo global, sindicalistas de a pie y algunos sindicatos de nuevo tipo.

(1.5) 15 de febrero de 2003: en camino hacia una sociedad civil global.

En noviembre de 2002, el Forum Social Europeo reunido en Florencia convoca para el 15 de febrero siguiente un Día Internacional contra la Guerra de Irak ante la evidencia, a la que es muy sensible una parte importante de la opinión pública mundial, de que los principales gobiernos occidentales están determinados a invadir ese país. Respondiendo a la convocatoria, y apoyándose en organizaciones locales de estructura débil y coaliciones de apoyo diversas, el 15 de febrero de 2003 se produce una gigantesca protesta global, simultánea, en numerosas ciudades del mundo. El cálculo aproximado es que se han movilizado alrededor de 16 millones de personas: “la mayor manifestación internacional de la historia” (Tarrow, 2005:15). La respuesta tiene un escaso impacto inmediato sobre los gobiernos occidentales determinados a participar en la invasión pero un enorme impacto cultural-político, que hace exclamar al primer periódico del mundo, el *New York Times*, que “por lo que parece sigue habiendo dos superpoderes en el planeta: los Estados Unidos y la opinión pública mundial”.<sup>34</sup>

El episodio tiene a mi entender un mínimo de cuatro claves explicativas que permiten atribuir un significado concreto al “impacto cultural-político” aludido. Primero, tiene una dimensión relacionada con la *desobediencia civil*, una actitud de protesta que, con este acto, se reincorpora a los repertorios de acción colectiva popular (después de la tradición antibelicista europea de las

---

<sup>34</sup> NYT 17.03.2003, Patrick E. Tyler, “A new power in the streets”.

décadas de 1970 y 1980 y la norteamericana de los derechos civiles de los años 1960, sin olvidar la campaña española contra la entrada en la OTAN). Esta dimensión subraya la situación de bloqueo de la esfera pública democrática por parte de las instituciones políticas oficiales, concertadas para apoyar la guerra al margen de la opinión ciudadana, divisoria que favorece la acción directa de la población sobre la base de organizaciones cívicas próximas, pero de estructura débil, para expresar su descontento. Segundo, es una acción colectiva *pacifista* que, apoyándose en la red y tradiciones antibélicas de los distintos países, manda el mensaje de que una parte importante de la ciudadanía se siente ajena al militarismo descarado y las acciones neoimperialistas de los gobiernos occidentales implicados (la mayoría). Tercera, y quizá la más destacable, es una de las primeras muestras efectivas de que se están formando *comunidades globales*, no sólo en el área del intercambio económico, sino en el de la sociedad civil y la participación política popular. La macro-manifestación apunta a los fundamentos de la formación de una *sociedad civil global* (Keane, 2008; Kaldor, 2005). En este sentido, la protesta de febrero de 2003 ha dejado dos legados claros: la conciencia multitudinaria de que la voz política se adquiere también mediante la acción directa; y unas pequeñas pero tupidas redes de acción.

Finalmente, como ha expresado con razón Tarrow (2005:16), “la campaña antibélica de 2003 ... combinó un mensaje internacionalista con reivindicaciones domésticas”. Para el caso español, en este sentido, debemos subrayar una cuarta clave explicativa de la protesta. La ciudadanía española participa generosamente en el evento, *también*, como una manera de cuestionar la legitimidad de la decisión del Gobierno de Aznar de favorecer la invasión de Irak y, a la vez, de contribuir a la contienda política doméstica, ya inmersa en los prolegómenos de lo que después se llamará “estrategia de la crispación” (entre el PP y el PSOE; Morán, 2005 y Estefanía, 2007). Esta presión ciudadana, en mi opinión, es asimismo una manera de dar continuidad a la presión democratizadora desde abajo característica del sistema español que emerge de la transición, y que se inicia en los primeros años de 1980 con la campaña popular contra la entrada del país en la OTAN.<sup>35</sup>

#### (1.6) Bolivia, mayo-junio de 2005: la segunda Guerra del Gas

En estos dos meses estalla un conflicto en Bolivia que encarna simultáneamente varias divisorias y problemas cruzados. A mi entender, como mínimo tres. Uno, una reacción desde abajo ante la presión del proyecto neoliberal sobre los recursos y la población trabajadora de uno de los países más pobres de Latinoamérica (pero con importantes reservas naturales de productos energéticos). Dos, la crisis del Estado, crónica, avivada por su fracaso en la gestión de ese proyecto neoliberal por parte de la derecha local. Y tres, el resurgir de las movilizaciones de masas y los movimientos populares así como el creciente protagonismo de la mayoría indígena del país, tradicionalmente apartada de los centros decisorios. Esta combinación confluyó en una aguda crisis política alrededor de la nacionalización del gas y la reactivación de las divisorias internas conocidas: de clase, étnicas y territoriales. Las movilizaciones populares fueron de gran radicalidad e incluyeron cortes de carreteras, ocupaciones de los yacimientos petrolíferos y de gas, y una huelga general de tres semanas de duración.

La “guerra del gas” de 2005 sucede a la “primera”, la de septiembre-octubre de 2003, y ha tenido un gran impacto en los movimientos populares de la región. Ante todo, porque, además de expresar ese característico despertar tardío de las clases populares ante el proyecto neoliberal que se interrumpe en 1994, muestra la viabilidad de coaliciones de izquierda plural en las luchas sociales recientes; como explica Webber (2006:141, 140):

Los años 2000-2005 asisten a una rearticulación efectiva de las fuerzas populares, puesto que en los quince años anteriores no se había producido ninguna resistencia popular seria al neoliberalismo. (...) Al hablar de “rearticulación” de las fuerzas indígenas de la izquierda me refiero a los momentos históricos en que los explotados

---

<sup>35</sup> Sobre esta cuestión, véase el Anexo.

y los oprimidos reconocen conscientemente los elementos comunes de explotación clasista y de opresión racial y son capaces de organizarse para luchar por sus intereses.

Su clave principal se relaciona, por un lado, con un conflicto social emergente que en muchos sentidos mantiene vínculos y comparte repertorios con varios de los episodios que estamos examinando (la nacionalización de recursos básicos amenazados por grandes empresas transnacionales y el neoimperialismo; la movilización desde abajo; el papel de movimientos ciudadanos enraizados en la sociedad civil; la reivindicación de la democracia). Por otro lado, sin embargo, la clave principal es la de una reacción contra el proyecto neoliberal y la pretensión de los sucesivos gobiernos de llevar a cabo una gestión local del mismo. El episodio boliviano que estamos sencillamente evocando aquí mantiene una vinculación, en consecuencia, más con los conflictos geoestratégicos de la era que con el conflicto social en sí. Muestra cómo, en gran medida, en esta era de la globalización, el conflicto social y el conflicto geoestratégico son las dos caras de la moneda. Señalemos, finalmente, que el movimiento obrero organizado (la COB, COR-El Alto y otros sindicatos) juega aquí, también, un papel nuevo: se implica en las luchas sociales y contribuye a que desencadenen pero es uno más de los (numerosos) nuevos actores colectivos que aparecen en escena (García Linera, 2008), algo también característico de esta época.

(1.7) Francia, noviembre de 2005: la revuelta urbana de las *banlieues*.

En los barrios periféricos de las grandes capitales francesas, y en especial en París, viven en gran parte hacinados y desconectados de la sociedad los descendientes de los argelinos que pagaron con la vida su protesta de 1961 (véase el epígrafe anterior). Son inmigrantes de segunda o tercera generación –y ya ciudadanos franceses- los que encabezan el impactante estallido de violencia y quema nocturna de coches que pone contra las cuerdas al entonces ministro del Interior, y hoy presidente, y deja sin aliento a la sociedad francesa.<sup>36</sup> Siguiendo en muchos sentidos el precedente de los grandes guetos negros norteamericanos de los años de 1960 (Watts, en primer lugar) y de las explosiones de 1966-1967, la protesta de las *banlieues*, desencadenada por un incidente lamentable pero trivial, es un estallido evanescente de violencia extrema de grupos sociales que no disponen de voz; y en este sentido, recurriendo al estudio de Hobsbawm (1968) sobre la *rebelión primitiva*, en cierta manera se trata de una protesta “pre-política”. Los protestatarios no disponen de organizaciones propias ni de interlocutores (ellos mismos tampoco los tienen) ni parecen tener ninguna acción planificada. En muchos sentidos, su perfil parece coincidir con la *infraclase* postindustrial de los grandes centros urbanos que describen Dahrendorf (1990) y otros autores; una situación que, en las condiciones postindustriales (y postmodernas) de prosperidad relativa y carencia de cualquier consenso de sentido, la “valorización” del trabajo (escaso o excesivo, sin término medio) deja paso, entre los miembros de esa *infraclase*, a una especie de movimientos social expresivo. Lo capta bien Maffesoli (2006:16,18):

«La rebelión latente o explosiva, las prácticas de riesgo, las degradaciones e incendios no son, como se dice para tranquilizarse, manifestaciones de una simple miseria económico-social... Es más bien la reacción contra un orden rígido y mortífero. Un aviso de la pervivencia del mundo de los instintos. (...) La estructura patriarcal, vertical, está siendo sustituida por una estructura horizontal, fraternal. La cultura heroica, propia del modelo moderno, se fundamentaba en una concepción del individuo activo, “dueño de sí”, que se dominaba y dominaba a la naturaleza.» Esta concepción está siendo sustituida por «la vitalidad no-activa de las tribus postmodernas».

La misma denominación de los acontecimientos pone de relieve que esta interpretación de los

---

<sup>36</sup> Y pone en guardia inmediatamente a sus homólogos de las sociedades del entorno (especialmente a las élites políticas de los municipios), que empiezan febrilmente a trazar políticas preventivas de asimilación de la masa de trabajadores inmigrantes empujados por la globalización.

mismos como “pre-políticos” tiene un fundamento. “Émeute”, “émouvoir”, “esmote”: “una emoción colectiva que toma la forma de un levantamiento popular espontáneo” (Mucchielli, 2007:160). Sin embargo, sabemos hoy que con frecuencia lo único que indican protestas, como esta, carentes de voz institucional es que, sencillamente, la formación de intereses colectivos se hace más difícil y su entrada en la esfera pública quizá menos comprensible. Pero son protestas plenamente políticas (véase Robert Castel, citado en Mucchielli, *ibid.*).

(1.8) Francia, marzo-abril de 2006: la protesta contra el CPE.

Alineándose codo con codo con los diversos tipos de protesta popular considerados, la mayoría, como hemos visto, en parte relacionados y en parte no con la sociedad del trabajo, estalla en Francia un vibrante enfrentamiento entre las autoridades y los jóvenes afectados por el Contrato de Primer Empleo o las víctimas futuras de la desregulación del contrato laboral impulsada por el neoliberalismo. Las protestas juveniles son ya tradicionales en el país vecino, parten en épocas recientes, precisamente, de 1968, y encadenan una larga secuencia de presiones exitosas desde abajo (que, en no pocos casos, paralizan los intentos de reforma gubernamental)<sup>37</sup>. El contrato impulsado por el primer ministro Dominique de Villepin pretendía aplicarlo a los jóvenes menores de 26 años, previendo un período de prueba de dos años durante los que se permitía el despido injustificado por parte del empresario. La presión en contra creció hasta difundirse por las universidades y convocar en la calle, repetidamente, a millones de ciudadanos contrarios a la medida. Tenemos aquí, otra vez, el caso de movimientos estudiantiles que, aunque apoyados en sindicatos, convocan directamente a la ciudadanía y se auto-organizan para presionar por sus intereses y cuestionar las reformas neoliberales. Una vez más, también, son notorias las semejanzas parciales con Mayo del 68,<sup>38</sup> aunque es evidente también la radical diferencia en la medida que el Mayo francés fue un cuestionamiento *in toto*, quizá *subpolítico*, pero político: dirigido a los centros de un sistema que se pretendía sustituir. La protesta de 2006 tiene un componente mucho más laboral-restringido, corporativo, de conservación de derechos adquiridos<sup>39</sup>, aunque la dimensión de fondo es la precariedad laboral y, en ese sentido, refleja bien los signos de los tiempos (neoliberales). El 10 de abril, ante la presión, el Gobierno retira el proyecto.

Hay un vínculo de unión entre esta protesta y la anterior, en los barrios periféricos; y el 21 de marzo pareció que el conflicto del CPE, por un momento, prendía también en la *banlieue*, pero no fue así. Tahar Ben Jelloun (2006) percibe bien la conexión en un comentario que da una pista de cuál es el “espíritu” (y la fragmentación, incluso de intereses y reivindicaciones) de los tiempos neoliberales visto desde cualquier gran ciudad del sistema:

Los jóvenes de las barriadas periféricas son, efectivamente, fanáticos en su deseo y aspiración a existir y vivir con dignidad, en su necesidad de ser conceptuados como franceses a todos los efectos. Dieron la señal de su repulsa

---

<sup>37</sup> Para un buen informe de urgencia, véase Lluís Uría, “La ley de la calle”, en *La Vanguardia*, 26.03.2006, p. 6.

<sup>38</sup> Se pueden encontrar con alguna frecuencia alusiones periodísticas en ese sentido, como ocurrió en el conflicto francés de finales de 1995; véase por ejemplo el corresponsal parisiense de *El País*, 18.03.2006, p. 3, que, recogiendo las opiniones de algunos movilizados, titula: “Un lejano aroma a Mayo del 68”.

<sup>39</sup> Una estudiante que participa en la protesta dice, significativamente: “No estamos politizados” (véase *El País*, nota anterior). El corresponsal del periódico resume la cuestión: parte importante de la protesta se basa en que los grandes sindicatos y buena parte de los protestatarios piensan que “el Gobierno está dinamitando el sistema de vida, el pacto social que establecieron sus padres... lo que realmente les preocupa, a corto plazo, es llegar bien preparados a la inminente convocatoria de exámenes”. Y una manifestante madura, interrogada por *La Vanguardia* (19.03.2006, p. 4), dice también con claridad: “Quiero para mis hijos la misma posibilidad de ascenso social que yo he tenido”. Quizá es preciso añadir que esa percepción, de que se incumple el “pacto social” intergeneracional, no es poca cosa; y muestra como la dinámica neoliberal rompe también cualquier consenso previo y, en realidad, convoca a los manifestantes contra la precariedad laboral.

del desprecio en el pasado mes de octubre. Quienes se oponen hoy a la política de Dominique de Villepin quieren participar en la construcción de su futuro y actuar sobre lo que se está preparando. Al sumarse a una protesta colectiva y notablemente radical, esperan dar sentido a su vida.

#### (1.9) Conflictos y protestas laborales de la fuerza de trabajo globalizada.

Quedan por mencionar los casos de conflicto social inducidos directamente por el despliegue del capitalismo global en forma de disputas laborales. En general y por razones obvias, las tensiones y protestas por parte de esa masa de trabajadores globalizados a los que hemos aludido, inmigrantes y nativos, no están documentadas detalladamente en su conjunto. Disponemos sin embargo de muchos indicios y datos locales que permiten entrever una gran heterogeneidad de casos y una certeza: estos casos que afectan a las poblaciones que han sido sujetos pasivos de los efectos de la globalización neoliberal ni han tenido un impacto mediático comparable a los que hemos destacado ni consecuencias políticas inmediatas y sustanciales. A los efectos de una exposición concisa, este conjunto puede fragmentarse en tres capítulos de conflicto según afecten primordialmente a: a) la fuerza de trabajo migrante a las metrópolis; b) la fuerza de trabajo nativa dedicada a la producción globalizada; c) parados estructurales en el centro y familias de origen en la periferia.

Por lo que se refiere al primer caso, destacan las grandes manifestaciones de inmigrantes laborales de abril-mayo de 2006 en las principales ciudades norteamericanas. Enfrentados a la inminencia de reformas legislativas para impedir la inmigración ilegal, decenas de miles de trabajadores inmigrantes desprovistos de estatus legal, la mayoría mexicanos y filipinos (conjuntamente, los mayores suministradores de fuerza de trabajo precaria a la economía estadounidense en el último medio siglo), desencadenaron un movimiento que, siguiendo la tradición de los que encabezaron en su día M. Luther King y César Chávez, combinó las grandes manifestaciones callejeras pacíficas con el boicot económico. Todo ello visibilizó la existencia de formas innovadoras de organización de la inmigración ilegal a los Estados Unidos. En paralelo, el Gobierno norteamericano continúa desarrollando programas de importación regulada de fuerza de trabajo, la mayor parte procedente de México, en forma de programas de “trabajadores invitados” (véase al respecto el importante trabajo de Vogel, 2007).

El caso de la población trabajadora doméstica orientada a la producción para la economía global permite destacar dos casos nacionales con repercusión desigual. Por un lado, los inicios del típico proceso asociativo propio de la etapa formativa de un movimiento obrero organizado en China. Hay ya bastante información que sugiere que el movimiento obrero se está organizando allí, al margen de las instituciones oficiales, y lleva a cabo con cierta frecuencia acciones colectivas que rompen el manto de silencio que impone el Partido-Estado de corte estalinista (Weil, 2006).

Y por otro lado, el caso argentino. Allí, y en el entorno de la crisis de fin de siglo y la revuelta popular del 19-20 de diciembre de 2001 (generada directamente por los planes neoliberales impuestos a países del Sur por el FMI y el BM), y como respuesta a ella, han tomado cuerpo formas de asociación y repertorios de acción colectiva innovadores y efectivos, el más conocido, el de los *piqueteros*. Este caso ilustra algunas de las novedades que aporta la oleada de los “novísimos” movimientos. Una, que el argumento, habitual entre los sindicalistas europeos, de que no es posible organizar a los parados no se tiene en pie. Dos, que uno de los problemas de envergadura en el movimiento obrero de muchos países son paradójicamente las organizaciones sindicales que, en parte, no han sabido adaptarse a los cambios operados al final de los Años Dorados y, en parte, han desarrollado intereses propios que las alejan de su base social. El movimiento de los *piqueteros* muestra cómo los sectores sociales en vías de marginación, la mayoría, en términos globales, pueden convertirse en actores estratégicos a condición de practicar otro tipo de lucha social y política que se apoye y dé voz a la sociedad civil en lugar de sustituirla. Las novedades las sintetiza bien James Petras (2005:142-143):

Los bloqueos de carreteras han pasado a ser la táctica generalizada de los grupos explotados y marginados de toda Latinoamérica. (...) Desde la perspectiva de la élite que controla el proceso de acumulación, las actividades de los campesinos, los desocupados, los indios, los granjeros, las empresas comerciales locales y los pequeños manufactureros resultan superfluas, prescindibles e irrelevantes para las actividades principales: las exportaciones, las transacciones financieras y las importaciones de bienes de lujo. Pero todo ese flujo de bienes y capitales, para llegar a los mercados, ha de circular libremente por las vías de comunicación. Es aquí donde los «grupos marginales» se convierten en actores estratégicos cuyas acciones interfieren en los circuitos de las élites y entorpecen el proceso de acumulación. Los cortes de carreteras de los desocupados son el equivalente funcional de los paros de las máquinas y de las cadenas de producción que realizan los trabajadores industriales: unos impiden la realización de beneficios; otros, la creación de valor.

Y en tercer lugar, los verdaderos “perdedores” del proceso de globalización: trabajadores del centro que ingresan en el paro estructural, en un extremo; y en el otro, familias trabajadoras del Sur global que reciben el impacto inesperado de la dinámica del mercado mundial en forma de restricciones alimentarias. En el primer caso, cabe destacar la notable actividad desplegada en Francia por asociaciones de personas en paro, al margen de los sindicatos oficiales, durante la década de 1990. En el segundo, algunas protestas globales de parecido formato al caso (1.5) anterior y relacionadas con la lucha contra el hambre;<sup>40</sup> pero sobre todo, una especie de resurgimiento de los motines de subsistencia. Las familias trabajadoras que han quedado al margen de los mecanismos de inclusión en la dinámica general de la globalización protagonizan este tipo, muy peculiar, de conflicto. En un contexto donde es muy difícil, no ya la organización, sino la simple visibilidad (de los afectados, de sus reivindicaciones), las erupciones aisladas desencadenadas por el mal hacer de los mecanismos del sistema económico global proporcionan información de primera mano para poder hacerse una composición de lugar. Esto es lo que ha ocurrido en los últimos dos años con la evolución de los precios de las materias primas, y en concreto la subida de precios de los alimentos básicos (trigo, soja, arroz, maíz), y los efectos perversos sobre la población afectada. Según datos de la FAO, en la actualidad encontramos, de un lado, 820 millones de personas que padecen hambre generalizada (de ellos, 178 millones son niños) y, en el otro lado, mil millones de personas sobrealimentadas que sufren sobrepeso. La reacción reciente provocada por las subidas de precios ha consistido en un ciclo de motines y revueltas en Argentina, Haití, México, Malí, Burkina Faso, Yemen, Bangladesh, Mozambique y otros, con un número sustancial de muertos<sup>41</sup>, un subproducto “de las políticas de desarrollo aplicadas con criterios neoliberales” dice con razón un observador (Patel, 2008).

Los nueve casos o episodios examinados son quizá los más representativos y cargados de significación pero, por supuesto, hay muchos más (a título de buena recopilación para ampliar el campo, véase Lojkine, 2006). Los he destacado por dos razones: son innovadores (apuntan al futuro) y han tenido un considerable impacto en el mundo de los movimientos y las sociedades civiles. Pero en los episodios que destaco, la presencia del movimiento obrero clásico parece muy escasa a la vez que se detectan impulsos hacia formas nuevas de organización y de protesta por parte de la fuerza de trabajo. El papel actual del movimiento obrero (“organizado”: los sindicatos de clase y los partidos en su día de base obrera) en el marco de la nueva situación no parece muy prometedor. Wahl (2005) resume así una tendencia para el caso de los sindicatos en su relación con el movimiento altermundista emergente, aunque su juicio tiene también alguna aplicación al resto de los casos: actúan más como intermediarios entre el *establishment* capitalista y los nuevos movimientos que como parte de estos últimos. Sin embargo, en sentido

---

<sup>40</sup> Destaca la movilización contra el hambre de unas 700.000 personas en más de 350 ciudades del mundo el 21.05.2006, presionando para que se cumplan los Objetivos del Milenio de la ONU en este apartado (la primera de las metas fijadas). Véase *El País*, 22.05.2006, p. 52.

<sup>41</sup> Véase *El País*, 3.06.2008, p. 3 y p. 2.

contrario, las organizaciones obreras continúan siendo un activo, si no entusiasmante, “aún” imprescindible. Los sindicatos primermundistas se han convertido en instituciones de orden que, paradójica y fugazmente, se manifiestan como dique de contención de los desmanes sociales del capitalismo neoliberal y, al hacerlo, contribuyen en ocasiones a paliar el vacío práctico, *político*, que han dejado los partidos de la *vieja izquierda* entre las clases populares. ¿Cómo no recordar al respecto, por ejemplo, la importancia de las huelgas generales españolas de 1988 y 2002 para la historia reciente de este país?

## (2) Nuevas categorías de acción colectiva.

El ciclo de focos de conflicto y movimientos antisistémicos de la última generación ha aportado también algunas innovaciones que, sin constituir propiamente en sí mismas *episodios* de acción, atraviesan a todos ellos y en ese sentido forman categorías y repertorios de protesta novedosos. Fundamentalmente estos:

(2.1) El formato de acción que representan las llamadas Organizaciones No Gubernamentales. Son completamente características del paso de la *vieja* a la nueva izquierda y, aunque de efectos contradictorios, en lo fundamental representan un paso adelante muy notable en la dirección de sociedades civiles más independientes, un requisito esencial para cualquier intento de pasar al postmercado. Las hay transnacionales y nacionales (del Primer Mundo y del Sur) y, a pesar de algunos casos aparatosos en sentido contrario, en muchos casos se constata un esfuerzo de un buen número de las nacionales del Primer Mundo en el sentido de apoyar y “proteger” el surgimiento de ONGs endógenas en el Sur.

(2.2) Algunos movimientos de antigua tradición en el Norte, han renovado su presencia como movimientos alternativos regionales o nacionales. Es el caso de los okupas, el movimiento estudiantil (ya se ha señalado su protagonismo en la Francia de 2006, pero también en México, en España y en otros lugares), movimientos contra la precariedad laboral, movimientos antixenófobos e iniciativas de apoyo a comunidades del Sur protagonistas de luchas sociales locales (por ejemplo, los zapatistas). Excepcionalmente, este capítulo abarca también a movimientos de ámbito global. Se han podido observar en muchos lugares iniciativas o experiencias vinculadas a la llamada sociedad de la información, como redes de contrainformación (radios libres etc.) y redes vinculadas al software libre. Es también el caso, por ejemplo, de International Solidarity y otras iniciativas de interposición en conflictos bélicos calientes como el palestino-israelita.

(2.3) Emergen crecientemente redes y movimientos de “activismo transnacional” (Tarrow, 2005), que son coaliciones en forma de red de ámbito con frecuencia global. Es el caso de los Foros sociales, una institución que sugiere una visión innovadora de la solidaridad internacional y punto de partida para un reagrupamiento de la izquierda. Charles Tilly (2004:35-36) ha dicho al respecto con propiedad que “la proliferación reciente de conexiones internacionales entre activistas puede que esté creando formas nuevas de actividad política de abajo a arriba que sólo vagamente se parezcan” a las que hemos conocido durante el pasado próximo.

(2.4) Revitalización de movimientos de ámbito local que trasladan a los innumerables microcosmos mundiales algunas de las innovaciones expuestas. Por ejemplo, las redes de democracia participativa (Brasil), la participación ciudadana (Trinitat Nova, Barcelona), la “Maison Rouge” parisina, el comercio justo o la protesta por los recibos del agua (Baix Llobregat, Barcelona).

(2.5) Durante las décadas de postindustrialismo, en los países del centro cobran importancia creciente los movimientos ciudadanos, algo que ya hemos señalado en el comentario anterior sobre los episodios emblemáticos del ciclo de movilización popular 1994-2008. En congruencia con este hecho, es mi hipótesis que se ha abierto camino un nuevo formato de la acción colectiva popular que, a pesar de que recuerda en algunos aspectos la conocida “acción de turba” (*mob action*) de la era pre-industrial y primera fase de la industrialización en las grandes ciudades europeas, se presenta ahora –como en Francia en diciembre de 1995, por citar un caso- con algunos aspectos nuevos de gran relevancia: los protestatarios son en términos generales un grupo social educado; las reivindicaciones tienen poco que ver, como era el caso en tiempos pre-industriales, con el precio de los alimentos básicos y mucho que ver con la calidad de la vida democrática; la acción, poco institucionalizada, no es en absoluto ni pre ni sub-política, sino más bien hiperpolítica. (He presentado esta hipótesis en S. Aguilar, 2002, donde denomino estos estallidos efímeros de acción directa popular “acción colectiva de masas”).

(2.6) Cambios en los repertorios de protesta.

Charles Tilly (2002:31) acuñó y definió con precisión una noción que designa un aspecto muy importante de la protesta social, lo que denominó “repertorios de la acción colectiva”:

Un conjunto limitado de rutinas aprendidas, compartidas y actuadas a través de un proceso de elección relativamente deliberado. Los repertorios son creaciones culturales aprendidas, pero no descienden de la filosofía abstracta ni toman forma como resultado de la propaganda política, sino que surgen de la lucha. Es en la protesta donde la gente aprende a romper ventanas, atacar presos sujetos al cepo, derribar casas deshonradas, escenificar marchas públicas, hacer peticiones, mantener reuniones formales u organizar asociaciones de intereses especiales. Sin embargo, en un momento particular de la historia la gente aprende una cantidad bastante limitada de modos alternativos de acción colectiva.

Los cambios de estos repertorios se producen con marcada lentitud y son un indicador potente de transformaciones en la propia estructura del conflicto. En esta última generación se han producido al menos los siguientes. Primero, la progresiva sustitución de la huelga general de la era clásica, de naturaleza muy disruptiva y principal arma de disuasión del movimiento obrero y las fuerzas políticas del socialismo, por lo que denomino huelga general no insurreccional: una mezcla de huelga intimidatoria y marcha festiva que, a diferencia de la variante clásica, puede que pretenda derrocar gobiernos pero no el sistema social entero.<sup>42</sup> Disponemos de casos ilustrativos para una serie de sociedades contemporáneas, entre otras la italiana (por ejemplo, la huelga de 30.11.2004 contra la política de Berlusconi), y la huelga española del 14-D de 1988 (Aguilar y Roca, 1989). Segundo, la adopción por la izquierda (la española, entre otras, movilizaba contra el gobierno de Aznar) de la “cacerolada” con que la clase media chilena de extrema derecha empezó a minar los fundamentos del régimen de Salvador Allende. Tercero, a la inversa, la adopción por la nueva derecha radical europea de la manifestación masiva en la calle, un repertorio característico durante 150 años de la izquierda como instrumento de movilización (en España, en Italia). Cuarto, como hemos mencionado antes, la recreación de los motines de subsistencia, característicos de la Europa preindustrial y las primeras fases de la industrialización, en la periferia de la nueva economía global (aunque el recurso se ha utilizado profusamente en el Tercer Mundo durante el siglo XX)<sup>43</sup>. Quinto, el recurso a la quema masiva de coches, como en las ciudades francesas de 2005. Sexto, la autoconvocatoria de marchas con un objetivo específico mediante el uso de SMSs, como ocurrió en la jornada previa a las elecciones generales españolas de 2004 (Sampedro, 2005).

<sup>42</sup> Para ambos casos, Franzosi (1995).

<sup>43</sup> Por poner dos ejemplos emblemáticos: el “caracazo”, el 4.03.1989, que consistió en la presencia intimidante de la población marginada de Caracas que “bajaron de los cerros” en contra de las subidas de los precios; y la “revuelta del pan” que estalló en Jordania el 17.08.1996 por las subidas de precios de ese alimento básico.

## Polarización: el ascenso de una nueva derecha radical movilizada

Uno de los fenómenos característicos de la última generación es la proliferación de “sociedades divididas en dos”: comunidades humanas que se parten irreconciliablemente por la mitad y entran en un estado de hostigamiento permanente, como los casos de Venezuela y España, pero también de Estados Unidos e Italia, por ilustrar la idea. No se trata del conocido fenómeno de fracturas internas que dan lugar a dinámicas de violencia política que T.R. Gurr, lo hemos visto, denomina “conspiración” y “guerra interna”. Lo novedoso del encono entre grupos sociales de las últimas décadas es que ese estado belicoso, pero que no ingresa finalmente en las categorías de Gurr (a pesar de que, de vez en cuando, las roza), se produce en sistemas políticos demoliberales (al menos formalmente). Garton Ash (2008), citando al extremista de derechas norteamericano Pat Buchanan, lo califica de “guerra cultural”: “una guerra por el poder...que nace de inspirar las normas, las creencias y los valores que rigen la vida de la gente y los significados que otorgamos a las palabras”. Desde que Buchanan acuñó la expresión (en la convención republicana de 1992), hemos visto esta “guerra” en acción en torno a los temas del aborto, las drogas, el matrimonio entre personas del mismo sexo, la religión... Y en el caso de la sociedad española, lo hemos presenciado en lugar preferente después de la impactante e interminable sucesión de manifestaciones callejeras masivas entre 2005 y 2007 (Aguilar, 2007). El tema es relevante para este artículo en la medida que, caben pocas dudas sobre ello, con esa “guerra cultural” y ciclos de manifestaciones como el español, la estructura conocida del “conflicto social moderno” (Dahrendorf), notoriamente, adopta un registro nuevo. También parece notoria la vinculación de estas fracturas recientes con los veinticinco años de neoliberalismo que ya contabilizamos. A esta cuestión dedico el presente epígrafe, que completa el examen de los datos básicos del conflicto social en la era de la globalización.

El fenómeno que acabo de enunciar en cierto sentido no es novedoso: hay una larga tradición histórica de extremismo de derechas. Pero en cierto sentido sí lo es; lo ilustra a la perfección un reciente comentario de James Petras (2002) pensado desde la óptica del conflicto social tradicional y conocido: “A diferencia de la izquierda, los partidos de la derecha operan a través de las instituciones del poder y tienen poca capacidad o interés para promover movilizaciones en la calle, salvo en períodos de campaña electoral”. En la presente coyuntura histórica de *polarización* esto ha dejado de ser cierto. La situación tradicional bajo el capitalismo industrial moderno y democrático era la de un conflicto social *reactivo* impulsado prácticamente en exclusiva por los agraviados: los pobres y las clases populares (el *clivaje de clase* que, como hemos recordado, protagonizó casi en solitario el movimiento obrero clásico). Pero durante los últimos veinticinco años hemos entrado en una paradójica situación inédita, una ofensiva de las bases sociales del *establishment* conservador contra los pobres y las clases populares: una especie de conflicto social *proactivo* y de arriba a abajo que requiere explicación.

Una manera de caracterizar esta nueva situación de conflicto es mediante la noción de *polarización*. Según esta perspectiva, la globalización neoliberal ha exacerbado de tal manera y con tal rapidez los conflictos conocidos que ha presionado para que se crearan dos bandos, en la medida que pueda hablarse así (sólo en un nivel alto de abstracción; en la práctica, cada “bando” es una coalición compleja de grupos muy variados que, y ahí está el papel jugado por la globalización, se unen alrededor de un programa<sup>44</sup> o una actitud instintiva de clase), y que

---

<sup>44</sup> Vicenç Navarro (2007), por ejemplo, ha llamado la atención sobre el hecho comprobable de que la doctrina del neoliberalismo (“Estado mínimo” y *laissez-faire*, etc.) es una cosa y la práctica de gobiernos como los de Reagan y sucesores otra: en la práctica, estos propagandistas de las nuevas ideas conservadoras han sido –y son, sólo hace falta repasar la ejecutoria de los ocho años de Bush hijo- muy poco neoliberales. Para Navarro, la doctrina ha servido para unir a los disparatados y numerosos grupos de la derecha mundial: “La ideología neoliberal aporta el vínculo que une a estas clases” (p. 84).

ambos tensionaran al extremo las posiciones respectivas. Este factor está alimentado por el hecho de que el proceso globalizador ha creado un grupo específico de *ganadores* y *perdedores* originado en la formación y actividades del nuevo capitalismo global. La combinación de ambas estructuras de división ha alimentado además el surgimiento o la recreación de ideologías y sistemas de valores ético-políticos que son un recurso universal para la movilización.

¿Cómo debemos interpretar esa polarización? En un extremo tenemos el argumento de Wallerstein (2005:159), que anuncia desde hace años el declive del capitalismo como sistema histórico y que, con ese trasfondo, propone que la polarización sería un factor característico de las crisis de transición sistémica, incluida esta:<sup>45</sup>

Concibo los próximos cincuenta años como una lucha sin cuartel entre dos grupos: los que quieren un mundo más democrático y más igualitario, y los que no. No hay consenso posible entre estos dos grupos.

También en este extremo macrohistórico se puede tal vez ubicar otra explicación complementaria. Según esta, estaríamos asistiendo a un recrudescimiento, y quizá resolución, de la divisoria global que se instauró en el mundo al ponerse en marcha el proceso de modernización, primero en los países de influencia europea (Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia), y después en la mayor parte del mundo. Este proceso de dislocación y de tránsito desde las experiencias tradicionales del mundo, basadas en el grupo, a la experiencia de *ser moderno* y transitar hacia el individualismo, la autonomía personal y la individuación, producen un característico vértigo que empujaría a una parte de las poblaciones afectadas a refugiarse en “la tradición”, el fundamentalismo y la “guerra cultural” y a producir, por tanto, polarización y grandes conflictos.<sup>46</sup> Ahí, en este resquicio, podríamos ubicar también el perfil de una especie de “metaclivaje” de la Modernidad, para indicar la tensión conflictiva entre el antiguo y el nuevo mundo que afectaría a un proceso de transición sistémica de larga duración. La cuestión, tremendamente compleja, ha sido aludida por numerosos científicos sociales pero escasamente resuelta. Los mismos Lipset y Rokkan (1967:23 y ss.) dan un principio de explicación estructural a esta superdivisoria y al surgimiento del fascismo en Italia, el nazismo en Alemania, el Poujadismo en Francia y el extremismo de derechas norteamericano: “De una u otra forma, todos ellos expresan convicciones, profundamente sentidas, acerca del destino y la misión de la nación”. Recientemente, el notable sociólogo crítico Norman Birnbaum (2007a y 2007b) ha incidido de nuevo en la “peculiar fusión de arcaísmo y modernidad existente en Estados Unidos y Europa desde hace siglos”:

Hay millones de personas que, liberadas del trono y el altar tras un siglo de modernidad y dos siglos de Ilustración, no pueden soportar la mezcla de una aparente autonomía cultural y una subordinación económica de hecho. Hoy volvemos a encontrarnos con las *guerras civiles espirituales* de los años treinta y cuarenta. (Énfasis añadido.)

---

<sup>45</sup> Aunque si nos atenemos a los datos conocidos, podría ocurrir que en realidad estuviéramos ante una crisis de transición, no a un sistema postcapitalista, sino a un nuevo tipo de sistema social basado en el mercado (por ejemplo, el “capitalismo autoritario” postfascista del que habla Garton Ash, 2008a). Aunque los movimientos sociales y políticos que hemos examinado antes exhiben importantes impulsos antisistémicos (anticapitalistas), no son visibles los contornos de una nueva y ampliamente compartida forma de concebir el mundo, requisito prácticamente imprescindible para efectuar una transición sistémica al postmercado.

<sup>46</sup> Arno Mayer (1984:22) ya nos previno sobre la resistencia de las formas sistémicas en trance de desaparición a abandonar el mundo y los motivos para ello: “Al controlar lo que Schumpeter calificaba de ‘marco de acero’ o de ‘motor político’ del *Ancien Régime*, los elementos feudales se hallaban en situación de establecer las condiciones para la implantación del capitalismo manufacturero e industrial, de modo que le hacían ponerse al servicio de sus propios intereses. Obligaron a la industria a encajar en las estructuras sociales, de clase e ideológicas preexistentes. Debe reconocerse que el capitalismo industrial, en ese proceso, deformó esas estructuras y las puso en tensión, pero no tanto como para dejarlas irreconocibles ni llevarlas al punto de ruptura”.

No me parece insensato tomar en cuenta estas realidades sociopsicológicas con aparente vigencia intergeneracional pero, metodológicamente hablando, estamos en terreno resbaladizo. Charles Tilly (1991) advirtió con razón contra este tipo de explicaciones. Primero, al insistir en que la violencia es parte integral del proceso político europeo desde su origen (es decir, que no es un estado anormal) y que, prácticamente siempre, “resulta de la búsqueda racional de intereses compartidos” (pp. 71-72). Segundo, al mostrar la fragilidad del argumento según el cual el cambio social rápido genera inevitablemente tensiones y violencia (p. 27).

Complementariamente a estas visiones focalizadas en el conflicto inmediato de polarización para explicarse fenómenos como los descritos, la ciencia social ha elaborado algunos modelos que son aplicables aquí. Unos, muy pegados al terreno, entre los que podemos mencionar a quienes proponen una relación directa entre polarización política y grandes desigualdades económicas (Paul Krugman); y también la hipótesis, que sostengo, de la deriva contemporánea de las poliarquías-mediocracias hacia una *hipercompetitividad* entre partidos y fuerzas políticas que, por sí sola, estructuralmente, inyecta grandes dosis de confrontación en el sistema político. Otros, de carácter más general, como es el caso del “modelo del conflicto cultural” de Robert Nisbet (1979:34-45), quien propone que

el elemento de crisis en el cambio social importante no nace de fuerzas internas amortiguadas durante mucho tiempo que repentinamente se ponen en movimiento. La crisis es un resultado de un conflicto de valores, de percepción, de sistemas de ideas. La crisis es inseparable del *impacto de alguna nueva condición* sobre la atención humana... La crisis es la consecuencia natural en cuanto una forma de conducta, dada por supuesta durante mucho tiempo por sus participantes, entre por primera vez en conflicto agudo y percibido con alguna otra forma de conducta y con los valores incorporados. (Énfasis añadido.)

La propuesta de Nisbet nos recuerda que el análisis empírico del cambio social tiene que ser, por fuerza, primordialmente histórico: fundado en los datos y escenarios del contexto temporal en cuyo seno emergen los fenómenos de conflicto y cambio. Y en esta dirección vamos a orientar los datos y argumentos que siguen.

La asombrosa ofensiva contra los pobres y las clases populares de la última generación, a la que me he referido, es algo empíricamente comprobable. A mi entender, tiene dos componentes principales que podemos interpretar como factores causales, tanto de la polarización como de la oleada de movilizaciones de la derecha mundial. El primero, que los hechos son un intento de, por decirlo en breve, reequilibrar “1968”. Estas macrorreacciones colectivas son algo que, aun con perfiles poco precisos, opera en los momentos de grandes crisis sistémicas (y guardan relación con el modelo de Nisbet al que acabo de aludir). Para ilustrar esta idea: no creo que sea muy difícil mostrar empíricamente que algo parecido concurre en la mayoría de sociedades de tipo soviético en la coyuntura histórica de 1989-1991 y, más tenuemente, sigue operando en la actualidad. En efecto, el “postcomunismo” es, en parte, un intento de reequilibrar, no “1917”, sino la pesada y larga experiencia de vida bajo las sociedades de tipo estalinista que dominaron durante casi 70 años la situación allí (Sakwa, 2004; Offe, 2004). Estas tensiones provocan por tanto vínculos y efectos intergeneracionales. Algo similar ha ocurrido a mi entender con relación a “1968”: el innegable avance que se produjo entonces en dirección de una Modernidad más avanzada o completa basada en las sociedades civiles, la democracia más amplia y la experiencia individual autónoma, y la plasmación de todo ello en forma de valores e instituciones que, al menos en parte, los encarnaron (como, por ejemplo, el Estado de Bienestar), se experimentó por parte de las clases privilegiadas, pero también, por unas bases sociales de orientación conservadora, como una afrenta que ponía en cuestión todo su mundo, exterior e interior. Como han observado numerosos analistas, los veinticinco años de neoliberalismo son una reacción: pueden ser vistos como un intento de “poner en su sitio” a las clases populares que protagonizaron “1968” en todo el mundo. Este viene a ser el “impacto de alguna nueva condición” que reclama Nisbet (véase *supra*).

El segundo componente para entender la oleada polarizadora de la derecha tiene que ver con el comportamiento de clase de su núcleo. Los avances teóricos y nuestra experiencia histórica sobre la dominación de clase indican que, en toda sociedad estratificada: a) el segmento superior controla los resortes de la producción y el acceso a los bienes y servicios; y b) ese segmento deriva de (a) lo que podríamos llamar una *hegemonía inercial* (es decir, que el propio funcionamiento del sistema social que controlan pone las bases para que, en numerosos puntos estratégicos, la coerción física sea innecesaria y sustituida por la conformidad de las clases subordinadas)<sup>47</sup>. Esto, sin embargo, no garantiza la estabilidad a largo plazo. Y una clase dominante de este tipo, para conseguirla, según mostró Antonio Gramsci, además de *dominar* (la estructura productiva) debe *dirigir* (la sociedad). Esta es la noción gramsciana de hegemonía: además de controlar la producción, la clase dominante debe también liderar el proceso social y persuadir culturalmente a la mayoría de la población de la bondad y racionalidad de su dominio. (Este trabajo es el propio de los “intelectuales” gramscianos, en realidad, de ese conjunto de educadores, periodistas, publicistas y divulgadores que “trasladan, modifican y adaptan y, por tanto, alteran las ideas dominantes del orden vigente para que puedan ser entendidas, integradas y aceptadas por todos”).<sup>48</sup> La conveniencia de desarrollar esta última capacidad por parte de la clase, y esto es lo que nos interesa aquí, se ve subrayada en los momentos de crisis, que ponen de relieve la perentoriedad de ese factor añadido (la hegemonía) a la dominación inercial.<sup>49</sup>

A mi entender, “1968” es el factor principal que desencadena la crisis de hegemonía de las clases dominantes del mundo contemporáneo.<sup>50</sup> Y como acabo de explicar, en una reacción que toma una generación y que no está exactamente planificada, tratan –de toda lógica– de invertir la situación. Al hacerlo, ahora veremos cómo, se están constituyendo como un bloque de clases transnacional que además de dominar (en sus respectivas economías domésticas y en la nueva economía globalizada), pretende dirigir el proceso social: han pasado de la hegemonía inercial a la hegemonía a secas (el sentido pleno gramsciano). Los mecanismos utilizados han sido principalmente cuatro: mediante una nueva oleada de (neo)imperialismo, capítulo en el que destaca la Guerra de Irak de 2003; la plutocracia, una condición que en los años recientes es directamente perceptible en los gobiernos de Estados Unidos y no pocos de los demás países

---

<sup>47</sup> En palabras de Gramsci (1973:12, “La formación de los intelectuales”): “La conformidad ‘espontánea’ que las grandes masas de población conceden a la dirección general impuesta a la vida social por el grupo dominante fundamental; ‘históricamente’, esta conformidad la causa el prestigio (y consiguiente confianza) del que disfruta el grupo dominante a causa de su posición y función en el mundo de la producción”.

<sup>48</sup> D. Sassoon (2001:108). Este autor subraya, con acierto, la *materialidad* del concepto de Gramsci y la forma correcta de entenderlo: “se trata de algo más que un mero asunto de propaganda e instilación de las ideas ‘correctas’” (p. 110).

<sup>49</sup> Dice al respecto Gramsci (1973:12): “El aparato de poder coercitivo del Estado que impone ‘legalmente’ la disciplina a esos grupos que no se atienen a la conformidad, ya sea activa o pasivamente. Este aparato, sin embargo, está constituido para la totalidad de la sociedad en anticipación de momentos de crisis de dominación y dirección cuando la conformidad espontánea ha fallado”. Dado que, como he argumentado antes, este recurso a la fuerza represiva directa, extrema y generalizada del Estado sobre la ciudadanía no es una situación permisible en el mundo de la OCDE reciente, mi hipótesis es que la desafortunada presión de la derecha radical en la calle de tiempos recientes viene a ser un sustituto de esa capacidad actualmente desactivada o impracticable.

<sup>50</sup> Las históricas menciones de “1968” por parte de Nicolas Sarkozy durante la campaña electoral francesa de 2007 y las posteriores de José María Aznar parecerían confirmar mi afirmación. En plena campaña en París, Sarkozy prometió reintroducir “la moral” en la política: “Sí, la moral, una palabra que no me da miedo. La moral, algo de lo que después de mayo de 1968 no se podía hablar... Los herederos de Mayo del 68 habían impuesto la idea de que todo vale... de que no podía existir ninguna jerarquía de valores..., que se había acabado la autoridad, la cortesía, el respeto; que no había nada grande, nada sagrado, nada admirable; ninguna regla, ninguna norma, que nada estaba prohibido” (véase *El País*, 30.04.2007, p. 7).

del núcleo; el ingreso muy activo de la derecha en el tejido de las sociedades civiles, creando redes de asociaciones, foros, instituciones y agentes de creación de opinión, editoriales y medios, formadores educativos etc. (esto involucra a las élites del neoconservadurismo); y mediante la “guerra cultural”: la conquista del terreno de los valores mediante la presencia y la presión (esto involucra a las bases sociales del neoconservadurismo). Todo ello se ha producido en un contexto histórico bien sintetizado por los analistas cuyos argumentos examina Pippa Norris (2005:132-133):

Los partidos de la corriente principal no han sido capaces de responder, o han rehusado hacerlo, al desplazamiento de sus electorados potenciales causado por la creciente desigualdad económica y la inseguridad social entre los perdedores de la modernidad que se ha combinado con un avance del multiculturalismo. Son estas condiciones las que han azuzado la política del resentimiento contra los inmigrantes, inflamando la conflagración incitada por la retórica populista y aventada por los líderes de los partidos extremistas.

El comportamiento de las derechas radicales movilizadas que hemos visto emerger en Estados Unidos, en Italia, en España y en otros lugares debe entenderse en el marco de los dos factores que acabo de sintetizar. Examinemos brevemente las contribuciones innovadoras de los tres casos mencionados. El caso norteamericano es paradigmático como mínimo en dos sentidos: es donde se originan los primeros ensayos de acción colectiva de las derechas; y es donde primero cuaja la versión político-doctrinal del cambio de tendencia: la derecha *neoon*. Centrándonos en el primer factor, está bien documentado que la aportación de las bases conservadoras norteamericanas se produjo en forma de *contramovimientos*; es decir, movimientos sociales, habitualmente con un fuerte componente religioso y anclados en un tema o especialidad, que surgen por reacción a las actividades previas de un movimiento social de signo izquierdista o progresista.<sup>51</sup> Anthony Oberschall (1996a:323), en el contexto de un comentario sobre los efectos de “1968” en ese país, lo subraya y pone de relieve que ese contramovimiento antecedió a la era Reagan y a la formación de la nueva doctrina del extremismo de derechas que cristaliza en el modelo *neoon* bajo Bush hijo:

El radicalismo y el espíritu de democracia participativa [procedente de la cultura de 1968 ] logró sobrevivir en los países occidentales entre los Verdes alemanes y varios movimientos más especializados en la degradación medioambiental, la carrera de las armas nucleares y temas culturales diversos. En Estados Unidos, aunque tuvo un impacto en el movimiento feminista y en otros varios movimientos de derechos de grupos marginales y carentes de derechos civiles (indios americanos, hispanos, gays y, por supuesto, los nacionalistas negros), las turbulencias y protestas masivas de finales de la década de 1960 y principios de la de 1970 estimularon la movilización de contramovimientos conservadores que iban desde la New Christian Right hasta Pro-Life, anti-ERA, Pro-Family y otros movimientos vinculados vagamente entre sí y patrocinados por el ala conservadora del Partido Republicano. El contramovimiento conservador contribuyó de manera decisiva a las victorias electorales de Reagan y al exitoso resurgir del conservadurismo político, económico y cultural en los Estados Unidos.

La aportación italiana, en el estilo muy peculiar berlusconiano, evoca ese origen de marca norteamericano al que añade, como parte de la “guerra cultural”, la presión masiva en la calle en forma de manifestaciones multitudinarias que atacan agresivamente al gobierno y a la izquierda.<sup>52</sup> La derecha granítica y peleona del nuevo molde se entrecruza con las tradiciones

---

<sup>51</sup> Jeffrey Sachs (2008): “El fundamentalismo parece surgir en épocas de cambios trascendentales, cuando las estructuras sociales tradicionales se ven amenazadas. El crecimiento del fundamentalismo estadounidense moderno en la política se remonta a la era de la lucha por los derechos civiles en los años sesenta, y refleja, al menos en parte, una reacción de muchos blancos contra la fuerza política y económica, cada vez mayor, de grupos minoritarios no blancos e inmigrantes”.

<sup>52</sup> Recordemos, a título de ejemplo, la manifestación de Roma de 2.12.2006, convocada y presidida por Berlusconi, contra el gobierno de centro-izquierda de Prodi. Berlusconi fue claro y amenazante: “Volveremos lo antes posible al Gobierno para completar lo que hemos hecho”, cosa que consiguió.

reaccionarias disponibles en el país: en la Norteamérica de Bush, empleándose a fondo para hacerse, a cualquier precio, con la victoria electoral ante Gore; en la Italia de Berlusconi, resistiéndose bruscamente a abandonar el Ejecutivo, después de perder las elecciones,<sup>53</sup> así como entrecruzando sus actividades y proyectos, sin excesivo empacho, con la tradición del fascismo mussoliniano.

El caso español es peculiar. Como el italiano, evoca el molde original que ha cuajado en Estados Unidos y lo combina con las tradiciones de la derecha española pretransicional, con lo que el resultado es una especie pintoresca pero efectiva de nacional-catolicismo en variante poliárquica. Un segundo factor importante aquí ha sido la capacidad de esta nueva extrema derecha parlamentaria, al no disponer de recursos directos para una cruzada internacional (salvo la contribución a la Guerra de Irak con tropas españolas y la invasión de Perejil), de crecer apoyándose en el tercer y cuarto factores citados. Es decir, por un lado llevando a cabo una labor de coordinación de pequeños grupos dispersos y, en paralelo, una activa penetración en la sociedad civil (que incluye éxitos como la FAES, la influencia directa sobre como mínimo tres de los cuatro grandes periódicos de Madrid y varias de las emisoras privadas de televisión, el Radio María polaco en versión racial española, la fundación de editoriales, foros de opinión, centros culturales y universidades privadas, plataformas ciudadanas etc.) y practicando la militancia múltiple. Segundo, desbordando en este punto a sus homólogos italianos y norteamericanos al desencadenar un ciclo completo de manifestaciones masivas en la calle que contabilizaron entre 2005 y 2007: 22 episodios, centenares de miles de personas movilizadas de promedio, una presión sostenida y asfixiante sobre el gobierno del PSOE y la creación de una atmósfera de confrontación cuasi-física (con imágenes, en algunos momentos, que recordaban la situación previa a la Guerra Civil) que, a la vez que socializaba a media España en las ideas del nuevo molde neoconservador, presionaba para edulcorar o paralizar medidas legislativas – aproximadamente progresistas- que contaban según las encuestas con apoyo mayoritario.<sup>54</sup> La presión, por tanto, ha tenido probablemente este efecto colateral (buscado) de desplazar al electorado y la cultura política vigente hacia los valores neoconservadores.

En mi opinión, por tanto, el examen del ciclo de manifestaciones españolas me lleva a concluir que, a pesar de tener relación con una táctica de presión electoral (la “estrategia de la crispación”), sus raíces superan de lejos los límites de este factor para entrar decididamente en cuestiones más hondas de carácter estructural: la transición democrática y su resolución, el pacto constitucional, la propia composición y perfil que debe adoptar la derecha democrática postransicional y su conexión con las tradiciones heredadas (nacional-catolicismo), la degradada cultura política democrática resultado de la transición y el contagio (sistémico) respecto de la derecha radical ascendente o modelo *neocon*. Pero a la vez, me parece entender que una fuerza política de este signo (que engloba en su seno, además, a la extrema derecha clásica) no puede llevar a cabo el aprendizaje de vivir en democracia de otra manera. La única forma de que España se hubiera evitado estos episodios y estos años de (la peor) política a la italiana hubiera sido un postfranquismo de corte limpio por hundimiento o derrota militar del antiguo régimen. Los ingredientes para surcar otra vía no estaban disponibles; de haberlo estado, la propia transición habría sido innecesaria. Por tanto, como concluí en un artículo sobre la cuestión (Aguilar, 2007): “Prepárense porque, con manifestaciones o sin ellas, esto va para largo”.

## Conclusión

---

<sup>53</sup> La nota de alarma la puso un observador de lujo, Ralf Dahrendorf (2006): “algunos líderes populistas [léase extrema derecha parlamentaria] pueden no aceptar el resultado de las elecciones siguientes. A Silvio Berlusconi le tomó un buen tiempo admitir que había perdido”.

<sup>54</sup> Algo así ha sugerido Suso de Toro denominándola “hegemonía invisible” (*El País*, 5.06.2007, p. 17).

Hemos iniciado este trabajo apelando al buen sentido teórico de Anthony Oberschall. Es cierta su propuesta: el cambio social prefigura el conflicto posible por medio de los cambios que induce “en el potencial de movilización” de los grupos sociales (el caso del impacto del capitalismo globalizado sobre las revueltas en Haití o la rebelión estudiantil francesa contra el contrato de primer empleo); los cambios inducidos en “el medio social y la ubicación ecológica del conflicto” (el caso de las movilizaciones de la derecha radical o las manifestaciones masivas de los “trabajadores invitados” en Estados Unidos); y cambios en el potencial de control social por parte de las autoridades (lo ocurrido en las *banlieues* francesas de 2005).

La oleada de episodios de conflicto en contra del capitalismo neoliberal globalizado, cuyos casos más significativos hemos examinado, dibuja un balance claro. Los principales tratan de cuestiones laborales (el clivaje de clase), pero se producen en lo fundamental al margen del movimiento obrero organizado; un segundo eje de importancia está formado por ataques directos al orden neoliberal; y un tercer eje, en correspondencia al trasfondo de la globalización, ha sancionado la aparición de una suerte de nuevo internacionalismo por abajo; finalmente, ha asomado por todas partes la idea de que el conflicto social reciente se funde con el geoestratégico (el que se organiza alrededor del neoimperialismo y la lucha por conservar los recursos comunitarios). Y envolviéndolos, la oleada de “novísimos” movimientos ha exhibido un nexo común: la creencia en una sociedad civil independiente como activo supremo y la lucha por la democracia. A mi entender, este conjunto dibuja las claves de lo que será el conflicto social del siglo XXI. Y contiene una apelación como mínimo implícita de una vuelta a los ideales de un socialismo entendido a la manera de Polanyi (1971:234):

En esencia, el socialismo es una tendencia inherente a una civilización industrial para trascender el mercado autorregulado por medio de su subordinación deliberada a una sociedad democrática. Es la solución natural para los trabajadores industriales, que no ven razón para que no exista una regulación directa de la producción ni razón por la cual los mercados sean más que un útil, pero subordinado, rasgo característico de una sociedad libre.

La oleada de movilización antisistémica dibuja un balance claro pero, precisamente porque contiene elementos proactivos nacientes, es difícil de elucidar. Por un lado, está el potencial de la crisis económica que acaba de explotar para transformar las condiciones de contexto e influir sobre los resultados de esa oleada; Panitch (2005a:170) expuso con propiedad el potencial de una coyuntura de crisis como la actual:

Las crisis económicas de mayor o menor envergadura que ya son visibles en el horizonte supondrán nuevas oportunidades para la izquierda de desarrollar nuevas formas y nuevas estrategias para mejorar cualitativamente sus capacidades. De la larga crisis de 1873 a 1896 surgieron en Europa los partidos y sindicatos obreros de masas.

Pero por otro lado: ¿Cómo entender en su conjunto esa oleada, la que parte de 1968 y da a luz, entre otros, a los NMS y concluye por el momento en la oleada 1994-2008, desde la teoría? El mismo Oberschall (1996a:302-303), buen conocedor del tema, dice: “la convergencia transnacional de la acción colectiva ha ocurrido de vez en cuando” en forma de “movimientos de masas y revueltas sincronizados en 1848-1849, en 1917-1918 y desde finales de los años 1950 a 1960”; pero (...) “mil novecientos sesenta y ocho fue algo muy diferente de 1918 y 1919”. Sí y no, el autor no es convincente; los acontecimientos de 1968 parecen encajar perfectamente en otro tipo de visión que subraya la continuidad de tradiciones y repertorios de acción que culmina en los “novísimos” movimientos del presente. El conjunto podría acomodarse a la noción de Tarrow de *ciclos sistémicos de protesta* (2002:102). Los define así (2002:103-104):

Aunque las olas de protesta no se produzcan según una frecuencia regular ni se difundan de manera uniforme a poblaciones enteras, en la historia reciente se han caracterizado por una serie de rasgos: exaltación del conflicto, amplia extensión sectorial y geográfica, aparición de nuevas organizaciones de movimiento social y potenciación de las antiguas, creación de nuevos marcos ‘paradigmáticos’ de significado e invención de nuevas formas de acción colectiva.

Tomados conjuntamente los datos aportados en este trabajo y las sugerencias de Panitch y Tarrow, hemos de concluir que probablemente se avecina un cambio de época. ¿Será posible cambiar el mundo como pedía el “espíritu del 68”, y hacerlo en una época histórica caracterizada, además, por una afilada polarización? Ciertas intrusiones externas presionarán para hacerlo: la crisis económica del capitalismo globalizado tras la debacle financiera de Wall Street (octubre de 2008); el advenimiento de una redistribución de los poderes geoestratégicos mundiales en dirección a Asia;<sup>55</sup> la inquietante proximidad de una Era de los Límites (medioambientales, de recursos, de sobrepoblación, de hiperdesigualdad, de degradación democrática) ... Pero, como siempre, el triunfo de los elementos civilizatorios no está garantizado y el resultado final no está predeterminado. Aunque el movimiento obrero tiene todavía mucho camino por recorrer,<sup>56</sup> los movimientos ciudadanos de masas recientes y los “novísimos” movimientos son actualmente los depositarios principales de los ideales de una Modernidad avanzada que una mayoría de la población mundial necesita y en parte demanda. De ellos depende en buena parte desequilibrar la balanza y recuperar ese “espíritu” que Eric Hobsbawm (2003:132-133) explicó tan bien al describir “lo que hizo de nosotros unos comunistas” (el horizonte de la Vieja Izquierda) y que hoy deberíamos considerar el ideal civil de una sociedad democrática del siglo XXI:

La libertad, la igualdad y sobre todo la fraternidad pueden hacerse realidad momentáneamente en aquellos estadios de las grandes revoluciones sociales que los revolucionarios que las vivieron describen en términos normalmente reservados al romanticismo. Los revolucionarios no sólo se imponen un modelo de moralidad más elevado que el de cualquier santo sin excepción, sino que cuando llegan esos momentos realmente lo llevan a la práctica... En tales circunstancias, la suya es una visión en miniatura de la sociedad ideal, en la que todos los hombres son hermanos y sacrifican lo que tienen por el bien común sin abandonar su individualidad. Si esto es posible en el seno del movimiento, ¿por qué no va a serlo en otro lugar? (Escrito “tras la crisis de 1956”.)

La hermosa fórmula de Hobsbawm tal vez sea una utopía. Quizá ciudadanos y ciudadanas, como miembros de esos movimientos y sociedades civiles que pretenden hacer avanzar la Modernidad, debemos conformarnos con ser “intermitentemente virtuosos” (M. Walzer). No es poco y, en todo caso, la alternativa es una completa distopía.

Barcelona, diciembre de 2009

---

<sup>55</sup> Véase Andre Gunder Frank (1998).

<sup>56</sup> Por lo que se refiere a los sindicatos, en los países del Sur global, coordinando a los trabajadores y trabajadoras, domésticos y globalizados; pero también en el área de la OCDE, recuperando la prioridad de una cultura de lo público y adaptando sus estructuras corporativizadas a la diversidad de situaciones laborales de hoy.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

AGUILAR, Salvador

- 1989 y Jordi Roca, *14-D: Economía política de una huelga*, Fundació J. Bofill y Fundación Volkswagen, Barcelona.
- 1998 “Cambio social en las sociedades avanzadas”, entrada firmada de la *Gran Enciclopedia Larousse*, GEL, Suplemento 1, pp. 168-171, editorial Planeta, Barcelona.
- 2001 *Ordre i desordre. Manual d’estructura i canvi de les societats*, Hacer, Barcelona.
- 2002 “Movimientos sociales y cambio social. ¿Una lógica o varias lógicas de acción colectiva?”, en la *Revista Internacional de Sociología*, 30, septiembre-diciembre 2001, pp. 29-62.
- 2005a “El presente como historia. Se extingue la primera generación de *Monthly Review*”, en *Revista Internacional de Sociología*, 41, mayo-agosto, pp. 165-195.
- 2005b con Arcadi Oliveres y Carlos Zeller, “Presentación” al libro de AA.VV., *Movimientos de resistencia al capitalismo global*, Monthly Review. Selecciones en castellano nº 3, Ed. Hacer-Món 3, Barcelona, pp. 9-23.
- 2006 con Arcadi Oliveres y Carlos Zeller, “Presentación” al libro de AA.VV., *Movimientos obreros de hoy*, Monthly Review. Selecciones en castellano nº 5, Ed. Hacer-Món 3, Barcelona, pp. 8-23.
- 2007 “La derecha radical toma la calle”, en *El País*, La Cuarta Página, 29.12.2007, p. 39.
- 2008 “El laboratorio postsoviético y la teoría de la revolución”, en *Revista de Estudios Políticos* 139, enero/marzo, pp. 197-231.

ARMSTRONG, Philip, y Andrew Glyn y John Harrison

- 1991 *Capitalism since 1945*, Blackwell, Oxford.

ASH, Timothy Garton

- 2008a “El mundo, siete años después”, en *El País*, 14.09.2008, Domingo, p. 11.
- 2008b “Guerra cultural en Estados Unidos”, en *El País*, 12.10.2008, Domingo, p. 11.

BELL, Daniel

- 1976 *El advenimiento de la sociedad postindustrial*, Alianza Ed., Madrid (edición original de 1973).

BEN JELLOUN, Tahar

- 2006 “¡Francia está cansada!”, en *La Vanguardia*, 26.03.2006.

BERMAN, Marshall

- 1988 *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la Modernidad*, Siglo XXI, Madrid, 1988.

BIRNBAUM, Norman

- 2007a “Un mundo de complejidad abrumadora”, en *El País*, 20.11.2007.
- 2007b “Lo arcaico y lo moderno”, en *El País*, 7.06.2007.

CALHOUN, Craig

- 2002 “Los ‘nuevos movimientos sociales’ de comienzos del siglo XIX”, cap. 7 de Mark Traugott (ed.), *Protesta social. Repertorios y ciclos de la acción colectiva*, Hacer, Barcelona.

CROZIER, Michel y Samuel Huntington y Jo Ji Watanuki

- 1975 *The crisis of democracy. Report on the governability of democracies to the Trilateral Commission*, New York University Press, Nueva York.

DAHRENDORF, Ralf

- 1990 *El conflicto social moderno*, Mondadori, Madrid.
- 2006 “Partidos y populistas”, *La Vanguardia*, 1.10.2006.

- ESTEFANÍA, Joaquín (dir.)  
2007 *La estrategia de la crispación*, Fundación Alternativas, Madrid.
- FINK, Carole y Philippe Gassert y Detlef Junker (eds.)  
1998 *1968: the world transformed*, Cambridge University Press, Cambridge.
- FRANK, Andre Gunder  
1998 *ReOrient: Global economy in the Asian Age*, University of California Press, Berkeley.
- FRANZOSI, Roberto  
1995 *The puzzle of strikes. Class and State strategies in postwar Italy*, Cambridge University Press, Cambridge.
- GARCÍA LINERA, Álvaro (coordinador)  
2008 *Sociología de los movimientos sociales en Bolivia. Estructuras de movilización, repertorios culturales y acción política*, Plural editores, La Paz.
- GORZ, André  
1968 "Limites et potentialités du mouvement de mai", en *Les Temps Modernes*, nº 266-267, agosto-septiembre, pp. 231-263.
- GOWAN, Peter  
2003 "La hegemonía norteamericana en el mundo de hoy", capítulo 3 de *Monthly Review. Selecciones en castellano*, nº 2, Hacer-Món 3, Barcelona, pp. 55-77.
- GRAMSCI, Antonio  
1973 *Selections from the Prison Notebooks*, edición de Quintin Hoare y Geoffrey Nowell Smith, International Publishers, Nueva York.
- GURR, Ted Robert  
1969 "A comparative study of civil strife", cap. 17 de Hugh Davis Graham y Ted R. Gurr (eds.), *The history of violence in America*, Bantam, N. York.
- HOBSBAWM, Eric  
1964 *Labouring men*, Basic Books, Nueva York.  
1968 *Rebeldes primitivos. Estudios sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Ariel, Barcelona.  
1975 *Revolutionaries*, cap. 24, "May 1968", New American Library, Nueva York.  
1984 *Worlds of labour. Further studies in the history of labour*, Weidenfeld and Nicolson, Londres.  
1989 "Farewell to the classic labour movement?", en *New Left Review* 173, pp. 69-74.  
1995 *Historia del siglo XX*, Crítica, Barcelona.  
2004 *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, Crítica, Barcelona.
- HORN, Gerd-Rainer  
2007 *The spirit of '68. Rebellion in Western Europe and North America, 1956-1976*, Oxford University Press, Oxford.
- IBARRA, Pedro  
2005 *Manual de sociedad civil y movimientos sociales*, Síntesis, Madrid.
- KALDOR, Mary  
2005 *La sociedad civil global. Una respuesta a la guerra*, Tusquets, Barcelona.
- KEANE, John  
2008 *La sociedad civil global y el gobierno del mundo*, Hacer, Barcelona.
- KITSCHOLT, Herbert y Peter Lange, Gary Marks y John Stephens (eds.)  
1999 *Continuity and change in contemporary capitalism*, Cambridge University Press, Cambridge.

KRIESI, Hanspeter

1999 "Movements of the left, movements of the right: putting the mobilization of two new types of social movements into political context", cap. 14 de Herbert Kitschelt et alii (eds.), *Continuity and change in contemporary capitalism*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 398-425.

LEVI, Daniel y Kathleen Bruhn

1995 "Mexico: sustained civilian rule without democracy", cap. 4 de Larry Diamond, Juan J. Linz y Seymour M. Lipset (eds.), *Politics in developing countries. Comparing experiences with democracy*, 2ª edición, Lynne Rienner, Boulder, pp. 171-218.

LOJKINE, Jean y Pierre Cours-Salies y Michel Vakaloulis (dir.)

2006 *Nouvelles luttes de classes*, PUF, París.

McCARTHY, John y Mayer Zald

1987 *Social movements in an organizational society. Collected essays*, Transaction, New Brunswick.

McLAUGHLIN, Barry (ed.)

1988 *Studies in social movements. A social psychological perspective*, The Free Press, Nueva York, 1969.

MACPHERSON, C.B.

1982 *La democracia liberal y su época*, Alianza Ed., Madrid.

MAFFESOLI, Michel

2006 "La sociedad de consumación. Las noches de noviembre en Francia", en *Claves de la razón práctica*, 162, mayo.

MAGDOFF, Fred

2008 "The world food crisis: sources and solutions", en *Monthly Review*, Nueva York, vol. 60, No. 1, mayo, pp. 1-15.

MAGDOFF, Harry y Fred

2005 "Trabajadores desechables: el ejército de reserva industrial en la actualidad", en AA.VV., *El nuevo rostro del capitalismo*, Monthly Review. Selecciones en castellano nº 4, Ed. Hacer-Món 3, Barcelona, pp. 71-91.

MARGLIN, Stephen A. y Juliet Schor

2000 *The Golden Age of capitalism. Reinterpreting the postwar experience*, Clarendon, Oxford.

MAYER, Arno

1984 *La persistencia del Antiguo Régimen*, Alianza Ed., Madrid.

MORÁN, María Luz

2005 "Viejos y nuevos espacios para la ciudadanía: la manifestación del 15 de febrero de 2003 en Madrid", *Política y Sociedad* Vol. 42, Núm. 2: 95-113.

MUCCHIELLI, Laurent y Véronique Le Goaziou

2007 *Quand les banlieues brûlent... Retour sur les émeutes de novembre 2005*, La Découverte, París.

MUDDE, Cas

2007 *Populist radical right parties in Europe*, Cambridge University Press, Cambridge.

NAVARRO, Vicenç

2007 "La lucha de clases a escala mundial", cap. 4 de AA.VV., *25 años de neoliberalismo*, Monthly Review. Selecciones en castellano nº 8, Ed. Hacer-Món 3, Barcelona, pp. 71-87.

NISBET, Robert

1979 "Introducción" a R. Nisbet, T.S. Kuhn, Lynn White y otros, *Cambio social*, Alianza Ed., Madrid, original de 1972.

NORRIS, Pippa

2005 *Radical right. Voters and parties in the electoral market*, Cambridge University Press, Cambridge.

OBERSCHALL, Anthony

1978 "Theories of social conflict", en *Annual Review of Sociology*, 4.

1996a "1968 in comparative perspective", cap. 11 de *Social movements. Ideologies, interests, and identities*, Transaction, New Brunswick.

1996b "The decline of the 1960s social movements", cap. 10 de *Social movements. Ideologies, interests, and identities*, Transaction, New Brunswick.

OFFE, Claus

1985 *Disorganized capitalism*, Polity, Cambridge.

1992 "Nuevos movimientos sociales: desafío a los límites de la política institucional", cap. 5 de C. Offe, *La gestión política*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid.

2005 *Las nuevas democracias. Transición política y renovación institucional en los países postcomunistas*, Hacer, Barcelona.

PANITCH, Leo

2005a "Los movimientos y la renovación del socialismo", cap. 10 de AA.VV., *Movimientos de resistencia al capitalismo global*, Monthly Review. Selecciones en castellano nº 3, Ed. Hacer-Món 3, Barcelona, pp. 163-174.

2005b "La violencia como instrumento de orden y de cambio: la 'guerra contra el terrorismo' y el movimiento antiglobalización", cap. 4 de AA.VV., *Movimientos de resistencia al capitalismo global*, Monthly Review. Selecciones en castellano nº 3, Ed. Hacer-Món 3, Barcelona, pp. 61-85.

PATEL, Raj

2008 "Los hambrientos salen de nuevo a las calles", en *El País*, 19.04.2008, p. 39.

PETRAS, James

2006 "El movimiento argentino de los piqueteros", cap. 8 de AA.VV., *Movimientos de resistencia al capitalismo global*, Monthly Review. Selecciones en castellano nº 3, Ed. Hacer-Món 3, Barcelona, pp. 129-143.

2002 "La polarización izquierda/derecha: entre las urnas y la calle", 22.05.2002, en *Rebelión*.

PIORE, Michael y Suzanne Berger

1979 *Dualism and discontinuity in industrial societies*, Cambridge University Press, Cambridge.

POLANYI, Karl

1971 *The great transformation. The political and economic origins of our time*, Beacon, Boston (original de 1944).

SACHS, Jeffrey

2008 "La amenaza antiintelectual estadounidense", *El País*, 4.10.2008, pp. 23-24.

SAKWA, Richard

2004 *Postcomunismo*, Hacer, Barcelona.

SAMPEDRO, Víctor

2005 *13-M: Multitudes on line*, Catarata, Madrid.

SASSOON, Donald

2001 *Cien años de socialismo*, Edhasa, Barcelona.

SCHMIDT, Ingo

2006 "¿Es posible la supervivencia del movimiento obrero corporativista alemán?", capítulo 1 de AA.VV., *Movimientos obreros de hoy*, Monthly Review. Selecciones en castellano, Hacer-Món 3, Barcelona, pp. 25-38.

SCHMITTER, Philippe

- 1979 "Still the century of corporatism?", cap. 1 de P., Schmitter y G. Lehbruch, *Trends toward corporatist intermediation*, Sage, Beverly Hills, pp. 7-51
- SCOTT, James C.  
1986 *Weapons of the weak. Everyday forms of peasant resistance*, Yale University Press, New Haven.
- SENNETT, Richard  
2000 *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Anagrama, Barcelona.
- SHONFIELD, Andrew  
1965 *Modern capitalism. The changing balance of public and private power*, Oxford University Press, Londres.
- SINGER, Daniel  
2005 "Francia, 1995: la primera revuelta metropolitana contra la globalización", cap. 2 de AA.VV., *Movimientos de resistencia al capitalismo global*, Monthly Review. Selecciones en castellano nº 3, Ed. Hacer-Món 3, Barcelona, pp. 43-51.
- SWEEZY, Paul  
1995 *Two essays*, Monthly Review Press, Nueva York.
- TARROW, Sidney  
2002 *Power in movements. Social movements and contentious politics*, 2ª ed., Cambridge University Press, Cambridge.  
2006 *The new transnational activism*, Cambridge University Press, Cambridge.
- THERBORN, Göran  
1984 "The prospects of labour and the transformation of advanced capitalism", en *New Left Review*, 145, Mayo-Junio.
- TILLY, Charles  
1991 *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Alianza Ed., Madrid.  
2000 *Las revoluciones europeas, 1492-1992*, Crítica, Barcelona (edición original de 1996).  
2001 "Repertorios de acción contestataria en Gran Bretaña: 1758-1834", cap. 1 de Mark Traugott (comp.), *Protesta social. Repertorios y ciclos de la acción colectiva*, Hacer, Barcelona.  
2004 *Social movements, 1768-2004*, Paradigm, Boulder.  
2007 *Violencia colectiva*, Hacer, Barcelona.
- TOURAINÉ, Alain y otros  
1996 *Le grand refus. Réflexions sur la grève de décembre 1995*, Fayard, París.
- VIGNA, Xavier  
2007 *L'insubordination ouvrière dans les années 68. Essay d'histoire politique des usines*, Presses Universitaires de Rennes.
- VOGEL, Richard  
2007 "«Trabajadores invitados» en el capitalismo global", cap. 5 de AA.VV., *25 años de neoliberalismo*, Monthly Review. Selecciones en castellano nº 8, Ed. Hacer-Món 3, Barcelona, pp. 89-113.
- WAHL, Asbjorn  
2005 "El movimiento obrero europeo: el legado ideológico del pacto social", cap. 6 de AA.VV., *Movimientos de resistencia al capitalismo global*, Monthly Review. Selecciones en castellano nº 3, Ed. Hacer-Món 3, Barcelona, pp. 103-117.
- WALLERSTEIN, Immanuel  
1999 con Giovanni Arrighi y Terence Hopkins, *Movimientos antisistémicos*, Akal, Madrid.  
2007 "1968, una revolución en el sistema-mundo: tesis e interrogantes", cap. 24 de *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos*, Akal, Madrid.

2008 “Una política de izquierdas para una época de transición” y “Transición hacia un futuro incierto”, en el cap. 9 de AA.VV., *Movimientos de resistencia al capitalismo global*, Monthly Review. Selecciones en castellano nº 3, Ed. Hacer-Món 3, Barcelona, pp. 145-152 y 158-161.

WEBBER, Jeffery

2006 “Movimiento obrero y movimientos sociales y políticos en Bolivia: la lucha por una democracia radical”, en AA.VV., *Movimientos obreros de hoy*, Monthly Review. Selecciones en castellano nº 5, Ed. Hacer-Món 3, Barcelona, pp. 136-152.

WEIL, Robert

2006 “Las condiciones de la clase trabajadora en China”, cap. 5 de AA.VV., *Podere emergentes en Asia*, Monthly Review. Selecciones en castellano nº 6, Ed. Hacer-Món 3, Barcelona, pp. 109-135.